



La Cena del Cordero:

la Biblia en la Misa



**CENTRO SAN PABLO
DE TEOLOGÍA BÍBLICA**

Leyendo la Biblia en el corazón de la Iglesia



Lección Uno

Una introducción bíblica a la Misa

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN:

- Entender las creencias básicas de la Iglesia Católica sobre la relación entre Biblia y Liturgia.
- Entender el fundamento bíblico de la Misa.
- Entender cómo en la Misa la palabra escrita de la Biblia se hace Palabra Viva.

LECTURAS:

- La Cena del Cordero: Introducción y Capítulo Uno
- San Mateo 26:26-29
- San Marcos 14:22-25
- San Lucas 22:15-20; 24:13-35
- San Juan 6: 22-59; 15:1-10
- 1Corintios 11:23-29

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Encontrando la Biblia en la Misa

- Nuestro culto es Bíblico.
- Palabras de Espíritu y Vida

II. Encontrando la Misa en la Biblia

- La Tradición recibida del Señor
- En el Cenáculo
- Pan de Vida, Vid Verdadera
- La Eucaristía según las Escrituras

III. De la Biblia a la Misa

- Escuchando a los apóstoles, partiendo el pan
- Escuchar es creer
- De vuelta a la Misa

IV. Preguntas para reflexionar



I. Encontrando la Biblia en la Misa

Nuestro culto es Bíblico

La Misa es continuación de la Biblia. En el plan Divino de salvación, la Biblia y la Misa están hechas una para la otra. Tal vez esto es nuevo para usted. De hecho, tal vez usted, al igual que otros muchos, incluyendo muchos católicos, no ha pensado tanto sobre la relación entre Biblia y Misa.

Si alguien preguntara, “¿Qué tiene que ver la Biblia con la Misa?”, muchos podrían contestar, “No tiene mucho que ver”.

Parece una respuesta obvia. Sí, escuchamos lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento en cada Misa, y cantamos un salmo entre estas, pero, aparte de esto, no parece que la Biblia sea tan importante en la Misa.

Sin embargo, cuando usted haya terminado este curso, tendrá una perspectiva distinta—además de un amor y un aprecio mucho más grandes—hacia el profundo misterio de fe en el que entramos en cada Misa.

Empecemos de un solo y miremos la Misa a través de un nuevo lente “bíblico”.

Cada Misa empieza de la misma manera. Nos persignamos y decimos, “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Veremos el porqué de esto después.

Por ahora, notemos que la señal de la cruz empezó con los apóstoles, que “sellaron” a los nuevos bautizados trazando este signo en sus frentes. (cfr. Ef.1.13; Apoc. 7:3).

Las palabras que rezamos cuando nos santiguamos vienen directamente de los labios de Jesús. De hecho, son de las últimas palabras que dirigió a sus apóstoles (cfr. Mt. 28:19).

Continuando con la Misa, el sacerdote nos saluda. Él habla y nosotros respondemos, con palabras de la Biblia. Él dice: “El Señor esté con ustedes”, y decimos, “Y con tu espíritu” (cfr. 2 Tim. 4:22).

En la Escritura, estas palabras son la promesa de la presencia, la protección y la ayuda del Señor (cfr. Ex. 3:12; Lc. 1:28). El sacerdote puede optar por otro saludo, como, “la gracia de Nuestro Señor Jesucristo...” siempre también palabras sacadas de la Biblia (cfr. 2 Cor. 13:13; Ef. 1:2).

La Misa continua así, como un diálogo entre los fieles y Dios, mediado por el sacerdote. Lo que llama la atención—y raras veces reconocemos—es que esta conversación es hecha casi completamente con el lenguaje de la Biblia.



Cuando imploramos, “Señor, ten piedad”, nuestro llanto pidiendo socorro y perdón hace eco de la Escritura (cfr. Sal. 51:1; Bar. 3:2; Lc. 18:13, 38,39). Cuando glorificamos a Dios, entonamos el himno que los ángeles cantaron la primera nochebuena (Cfr. Lc. 2:14).

Hasta el Credo y las Plegarias Eucarísticas están compuestos de palabras y frases bíblicas. Preparándonos para arrodillarnos ante el altar, cantamos otro himno angelical de la Biblia, “Santo, Santo, Santo...” (cfr. Is. 6:3; Apoc. 4:8).

Nos juntamos al salmo triunfante de los que le dieron la bienvenida a Jesús en Jerusalén: “Hosanna, Bendito él que viene...” (cfr. Mc. 11:9-10). En el corazón de la Misa, escuchamos las palabras de Jesús en la Última Cena (cfr. Mc. 14:22-24).

Después, oramos a nuestro Padre en las palabras que Nuestro Señor nos dio (cfr. Mt. 6:9-13). Lo reconocemos con las palabras de San Juan el Bautista: “He ahí el Cordero de Dios...” (cfr. Jn. 1:29,36).

Y antes de recibirlo en la comunión, confesamos que no somos dignos en las palabras del centurión que pidió la ayuda de Jesús (cfr. Lc. 7:7).

Lo que decimos y escuchamos en la Misa nos viene de la Biblia. Y lo que “hacemos” en la Misa, lo hacemos porque se hacía en la Biblia. Nos arrodillamos (cfr. Sal. 95:6; Hech. 21:5) y cantamos himnos (cfr. 1 Mac. 10:7, 38; Hech. 16:25); nos ofrecemos la señal de la paz (cfr. 1 Sam. 25:6; 1 Tes. 5:26).

Nos juntamos alrededor de un altar (cfr. Gen. 12:7; Ex. 24: 4; 2 Sam. 24:25; Apoc. 16:7), con incienso (cfr. Jer. 41:5; Apoc. 8:4), servido por sacerdotes (cfr. Ex. 28:3-4; Apoc. 20:6). Ofrecemos una acción de gracias con pan y vino (cfr. Gen. 14:18; Mt. 26:26-28).

Desde la primera señal de la cruz hasta el último amén (cfr. Neh. 8:6; 2 Cor. 1:20), la Misa es un tapiz de sonidos y sensaciones, tejido con palabras, acciones y accesorios tomados de la Biblia.

Nos dirigimos a Dios en las palabras que Él mismo nos ha dado por medio de los autores inspirados de la Sagrada Escritura. Y Él a su vez, viene a nosotros, instruyéndonos, exhortándonos y santificándonos, siempre por la Palabra Viva de la Escritura.



Palabras de espíritu y vida

Nada de esto es por casualidad.

En el plan divino, la Biblia y la Misa se nos han dado para nuestra salvación —para que podamos penetrar el misterio del plan de Dios, y unir nuestras vidas con Él.—La Es-

critura, dice San Pablo, es “inspirada por Dios” y se nos ha dado “por nuestra salvación mediante la fe en Cristo Jesús” (cfr. 2 Tim. 3:15-16; Jn. 20:31).

La salvación y la nueva vida que la Escritura proclama son “actualizadas” —hechas reales— en nuestras vidas por o mediante la Misa. Como dijo Jesús: “Si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día” (Jn. 6:53-54).

Por esto el culto de la Misa es culto bíblico. [Culto, según el Diccionario de la Real Academia Española: “homenaje externo de respeto y amor que el cristiano tributa a Dios.”] La Biblia le da a la Misa su “eficacia”, su poder de cumplir lo que promete, su poder de integrarnos en comunión con la verdadera y viva presencia de Jesús.

Nuestro culto puede transformar nuestra vida porque la Palabra bíblica que escuchamos “no es palabra de hombre sino... palabra de Dios”. (1 Tes. 2:13).

El ordinario lenguaje humano, por más bello o persuasivo que pueda ser, nunca podría comunicar la gracia de Dios. No puede santificarnos ni hacernos “participes de la naturaleza divina” (2 Pe. 1:4).

Solamente el lenguaje sagrado de Dios puede transformar el pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor. Solamente el lenguaje sagrado de Dios puede llevarnos a entrar en comunión con el Dios Vivo.

En el plan divino de salvación, la Biblia nos conduce a la Liturgia. En la Liturgia, el texto escrito de la Sagrada Escritura se vuelve la Palabra Viva. El sentido y propósito de la Biblia se cumple en la Misa, las palabras de la Escritura se vuelven “espíritu y vida... palabras de vida eterna” (Jn. 6:63,68).



II. Encontrando la Misa en la Biblia

La tradición recibida del Señor

La Misa es culto bíblico en un sentido aún más obvio.

Es el culto que Jesús mandó a celebrar en su Última Cena.

Cuando San Pablo escribió a los corintios, para corregir abusos en la manera que estaban celebrando la Eucaristía, les recordó la noche en que Jesús fue entregado.

San Pablo les cuenta que Jesús, “tomó pan, dando gracias, lo partió y dijo, ‘Este es mi cuerpo’ y de la misma manera “tomó el cáliz... diciendo ‘Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre.’” Recordó además las palabras de Jesús a los apóstoles, “Haced esto en conmemoración mía.”

Aunque San Pablo no estuvo en la Última Cena, les dice que él recibió esta enseñanza de las iglesias fundadas por los apóstoles; y estas, a su vez la recibieron directamente del Señor, por esto dice: “Yo recibí del Señor lo que les transmití.” (cfr. 1 Cor. 11:23-29).

Las palabras en el griego original, que se traducen “recibido” y “transmitido” son términos técnicos que los rabinos de su época ocuparon para describir el mantenimiento y enseñanza de tradiciones sagradas.

San Pablo ocupa estas mismas palabras cuando habla de su enseñanza sobre la muerte y resurrección de Cristo (cfr. 1 Cor. 15:2-3).

Estas dos sagradas tradiciones —la verdad sobre la muerte y resurrección de Cristo y la verdad sobre la Eucaristía que es el memorial de su muerte— fueron “recibidas” del Señor y “transmitidas” por los apóstoles.

Estas tradiciones fueron inseparables y cruciales para el mensaje de salvación que predicaron.

Por la muerte y resurrección de Cristo, San Pablo dijo: “nos estamos salvando.” En la Eucaristía, ese evento salvífico es “recordado” en una manera que nos comunica la salvación: “Pues cada vez que coman este pan y beban de este cáliz, anuncian la muerte del Señor, hasta que venga” (1 Cor. 11:26).



En el Cenáculo

La tradición que San Pablo describe es muy semejante a la que se cuentan en los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas (cfr. Mt. 26:26-29; Mc. 14:22-25; Lc. 22:15-20).



Cada cita recuerda el origen de la Eucaristía en detalles no idénticos, pero muy semejantes.

Cada relato dice que fue durante la Pascua, la fiesta que Dios instituyó en vísperas de la huida de Israel de Egipto (cfr. Ex. 12:1-28). También están de acuerdo que fue la noche antes que murió, durante la última comida que compartió con sus apóstoles.

Durante la cena, Jesús tomó pan, lo bendijo, y se lo dio a los discípulos diciendo: “Esto es mi cuerpo.” Tomó el cáliz también, y después de darle gracias a Dios, se lo dio a sus discípulos diciendo: “Esta es mi sangre... de la [nueva] alianza.”

San Mateo y San Marcos dicen que Jesús habló de “la sangre de la Alianza”. Moisés ocupó estas palabras cuando ratificó la Alianza entre Israel y Dios, rociando al pueblo con la sangre del sacrificio (cfr. Ex. 24: 4-8).

San Lucas, como San Pablo, dice que Jesús habló de “la nueva alianza” (cfr. Lc. 22:20; 1 Cor. 11:25). Esto probablemente se refiere a la profecía de Jeremías en la cual Dios haría una “nueva alianza” con Israel. En contraste con la Alianza que hizo con el pueblo de Israel cuando lo sacó de Egipto, por esta nueva alianza, él escribirá su ley en sus corazones, no en tablas de piedra (cfr. Jer. 31:31-33; 2 Cor. 3:3).

Jesús en los tres evangelios, hace énfasis en el significado sacrificial de su muerte. Dice que su sangre es “derramada por muchos.” En San Mateo, él se ofrece “por el perdón de los pecados.” Los tres evangelios agregan una nota de urgente expectativa: Jesús jura a sus apóstoles que no beberá de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con ustedes, nuevo, en el Reino de mi Padre” (Mt. 26.29).



Pan de Vida, Vid Verdadera

El evangelio de San Juan no cuenta la historia de la institución de la eucaristía en el Cenáculo. Esto no sorprende, porque le interesa más a San Juan explicar el profundo fondo bíblico de las palabras y hechos de Jesús y en llenar los aparentes huecos en las narraciones de San Mateo, San Marcos y San Lucas. Aunque no nos narra que Jesús dijo: “Esto es mi cuerpo” y “Esta es mi sangre,” San Juan nos da dos sermones en que Jesús dice algo muy semejante.

En el primero, predicado en la sinagoga de Cafarnaún durante Pascua, dice dos veces, “Yo soy el Pan de Vida” (Jn. 6:34, 51). En el otro, durante la Última Cena (cfr. Jn. 13:2,4), Jesús dice dos veces más, “Yo soy la vid” (Jn. 15:1,5).



En las dos escenas, Jesús hace una declaración directa sobre su identidad (“Yo soy”). Ocupa la misma expresión en los dos pasajes para declarar que Él ha venido a ofrecernos una comunión que da vida.

Los que lo comen como el Pan de Vida “permanecen en mí”, dice él. Los que se unen con él por el vino eucarístico, el fruto de la Vid Verdadera, también “permanecen en mí”, nos dice (cfr. Jn. 6:56; Jn. 15:4-7).



La Eucaristía según las Escrituras

En futuras clases, volveremos a estas narraciones del origen de la Eucaristía, y veremos numerosas otras citas del Antiguo y Nuevo Testamento que tienen un sentido eucarístico.

Sin embargo, con los textos que ya hemos visto, podemos trazar un bosquejo de la enseñanza bíblica de la Eucaristía que profundizaremos más adelante.

La Eucaristía tiene que ver con la Alianza entre Dios y su pueblo. Como se ha presentado en los evangelios, la Eucaristía es el momento culminante de la historia de la salvación que se ha ido desarrollando de alianza en alianza en el Antiguo Testamento. Tiene estricta relación con la Pascua de Israel y el Éxodo.

La Eucaristía es sacrificio y es expiación de pecado. Este es el sentido literal de las palabras de Jesús en la Última Cena.

La Eucaristía es un memorial que crea a la Iglesia, el cuerpo de los creyentes. El mandato, “haced esto” llama de la nada a la Iglesia. Por su conmemoración, la Iglesia ofrece la nueva y eterna alianza de Dios a todas las generaciones.

La Eucaristía es comunión en el Cuerpo y la Sangre de Jesús que nos da la vida eterna. Como dice San Pablo de la Eucaristía: “¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo... no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1 Cor. 10:16).

La Eucaristía es comer y beber en el Reino de Dios hasta que venga el Señor. La Eucaristía recuerda un evento salvífico del pasado, lo revive en el presente, e inspira esperanza en un acontecimiento futuro, la última venida del Señor.



III. De la Biblia a la Misa

Escuchando a los apóstoles, partiendo el pan

Las primeras descripciones de la Iglesia en el Nuevo Testamento son marcadamente “eucarísticas”. San Lucas dice: “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles... [y] en la fracción del pan” (Hech. 2:42).

Las “enseñanzas de los apóstoles” fueron sermones como los que se leen en el Libro de los Hechos de los Apóstoles y en los escritos inspirados por el Espíritu Santo (cfr. 2 Pe. 3:15-16; 1 Cor. 2:13).

La “fracción del pan” es la frase que San Lucas ocupa para la Eucaristía (cfr. Lc. 24:35; Hech. 20:7,11).

Entonces, en la descripción más antigua de la vida de la Iglesia, vemos Palabra y Sacramento, Biblia y Liturgia unidos. Y el Nuevo Testamento fue compuesto y desarrollado en el contexto de la oración de la Iglesia primitiva.

Las epístolas fueron escritas en primer lugar para ser leídas públicamente “ante” los reunidos para la Eucaristía (cfr. 1 Tesalonicenses 5:26; Col. 4:16; 1 Tim. 4:13).

Los saludos y bendiciones de estas cartas son adaptaciones de oraciones e himnos usados en la liturgia (cfr. 1 Pe. 1:2-5; 1 Cor. 16:22; Col. 1:15-20; Fil. 2:2:11-13).

El libro de Apocalipsis fue escrito para la lectura durante el culto (cfr. Apoc. 1:3). La forma de los evangelios—que narran cortos episodios de la vida y enseñanza de Jesús—probablemente indica que estos pasajes fueron escritos también para lectura en la Misa.



Escuchar es creer

“La fe viene del oír [griego akoe, traducida en la Biblia de Jerusalén por predicación]” dijo San Pablo (cfr. Rom. 10:17). Y la Iglesia primitiva pudo oír la Palabra de Dios en la Misa.

Las primeras celebraciones eucarísticas siguieron la misma estructura de dos partes de nuestra Misa actual, lecturas de “las enseñanzas de los apóstoles” seguidas por “la fracción del pan.”

Vemos esto cuando San Pablo celebra la eucaristía en Tróade. Su sermón duró hasta la medianoche, con el resultado que uno de sus feligreses se durmió y cayó por la ventana del tercer piso. Sin asustarse, San Pablo, revivió al hombre y continuando con la oración él “partió el pan” (cfr. Hech. 20.7-12).



Además de las enseñanzas de los apóstoles, las liturgias primitivas probablemente incluían lecturas del Antiguo Testamento.

Este es el testimonio de la descripción más antigua que tenemos de la Eucaristía fuera de la Biblia. Escribiendo sobre esta parte de la Misa en 155 d.C., San Justino Mártir dijo: “Se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas” y después se escucha una homilía (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica #1345).

El uso del Antiguo Testamento en la Liturgia—y en la estructura de dos partes de la Misa—se remonta hasta el ejemplo de Jesús. De hecho, la Biblia y la Misa fueron unidas inseparablemente para siempre por Jesús mismo la noche de la primera Pascua.

San Lucas nos dice que al resucitar, Jesús se encontró con dos discípulos en el camino a Emaús (cfr. Lc. 24:13-35).

No lo reconocieron al principio. Sin embargo, “empezando por Moisés y continuando por todos los profetas,” Jesús explicó el sentido del Antiguo Testamento a ellos, demostrando cómo todas las promesas de Dios se cumplieron en Él (cfr. Lc. 24:44-48). Mientras les hablaba su corazón “estaba ardiendo dentro de” ellos.

Entonces Jesús se sentó en la mesa, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Noten bien el deliberado uso de San Lucas de las mismas palabras de la Última Cena: En la mesa Jesús, toma el pan, lo bendice...y se lo da (cfr. Lc. 22:14-20).

San Lucas está retratando la Eucaristía, la primera celebrada después de la Pascua.

Primero, Jesús “proclama” las Escrituras, enseñando cómo el Antiguo Testamento se cumple en el Nuevo Testamento hecho con su sangre. Después ofrece acción de gracias por esta alianza en el partir del pan.

Cuando lo hace, se cumple la promesa de las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento y se les abren los ojos a los discípulos y “conocen” a Jesús en una profunda comunión.

Desde esa noche, los creyentes nos hemos reunido cada domingo, el día de la resurrección que nosotros conocemos como el Día del Señor (cfr. Apoc. 1:10; Hech. 20:7). En esta asamblea abrimos las Escrituras y partimos el pan.

Y cuando lo hacemos en la Misa, vivimos de nuevo la experiencia de los discípulos en Emaús. Las Escrituras se cumplen, la Palabra de su Nueva Alianza arde como si se escribiera en nuestros corazones; y se nos abren los ojos por la fe al reconocerle en la fracción del pan.



De Vuelta a la Misa

Por esto empezamos la misa como lo hacemos.

Jesús dio la comisión a sus apóstoles de predicar su palabra y bautizar a todas las naciones en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo (cfr. Mt. 28:19).

Como hijos e hijas recién nacidos del Padre, los bautizados han alcanzado estar en la mesa familiar de la Cena del Señor. Allá, “gustaron el don celestial y hechos partícipes del Espíritu Santo, han saboreado las buenas nuevas de Dios y los prodigios del mundo futuro”(cfr. Heb. 6:4). Recordamos este legado bíblico y participamos en el inicio de cada Misa. Al persignarnos y repetir las palabras de la comisión final del Señor, recordamos y renovamos nuestra alianza con Dios, alianza hecha en nuestro bautismo.

Los apóstoles iniciaron la tradición de marcar a los nuevos bautizados con la Señal de la Cruz.

Fue el sello de la salvación del Señor (cfr. 2 Cor. 1:22; Ef. 1:13) y una señal de protección por la cual “el Señor conoce a los que son suyos” (2 Tim. 2:19).

El último libro de la Biblia revela que los marcados con “el sello de Dios vivo” en sus frentes serán liberados de la destrucción (Apoc. 7:3; 9:4; 14:1; 22:4) y son convocados a la liturgia celestial “las bodas del Cordero” (cfr. Apoc. 19:7,9; 21:9).

Hemos sido salvados del pecado y la muerte y nos alegramos por ser invitados a la Cena del Cordero. En esto estamos verdaderamente en la Misa.

Ciertamente, Él está con nosotros cuando nos reunimos en su nombre (cfr. Mt. 18:20). Escuchamos el cumplimiento de las palabras de la promesa bíblica, “El Señor esté con ustedes”.

La Biblia termina con la promesa del Señor que vendrá pronto (cfr. Apoc. 22:20). Donde termina la Biblia, empieza la Misa.

IV. Preguntas para reflexionar

- Lo que decimos y escuchamos en la misa viene de la Biblia. Dé algunos ejemplos.
- Lo que hacemos en la Misa, lo hacemos porque fue hecho en la Biblia. Dé algunos ejemplos.
- ¿Por qué solamente la Biblia puede dar a la Misa su poder transformador de vidas?
- ¿Cuáles son los detalles de la Última Cena que son semejantes en San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Pablo?



- ¿Qué prueba tenemos que la estructura en dos partes de la Misa y el uso del Antiguo Testamento en la liturgia nos vienen de Jesús directamente?



Para meditación personal

- ¿Tu corazón arde cuando escuchas las Escrituras proclamadas en la Misa? Intenta preparar la Misa dominical leyendo y orando sobre las Escrituras que se proclamarán ese día. Mientras lees, trata de entender cómo las promesas de la lectura del Antiguo Testamento se cumplen en la lectura del evangelio.
- ¿Reflexionas sobre el fundamento bíblico de la Misa? Con un espíritu de oración, lee los pasajes bíblicos asociados a los ritos iniciales de la Misa (por ejemplo Mt. 18:20; 28:19-20; 2 Cor. 1:22; 13:14; Ef. 1:2; 1:13; 2 Tim. 2:19; 4:22; Ex. 3:12, Lc. 1:28; Lc. 18:13, 38, 39; Sal. 51:1; Bar. 3:2). Así puedes profundizar tu participación en la Misa.



Lección Dos

Entregado por ustedes: El sacrificio en el Antiguo Testamento

OBJETIVOS

- Entender la base bíblica del Rito de Penitencia y el Gloria en la Misa
- Entender como se adoraba a Dios en el Antiguo Testamento
- Entender el concepto del sacrificio en el Antiguo Testamento

LECTURAS

- La Cena del Cordero, Primera Parte: Capítulo Dos y Cuatro
- San Mateo 15:22; 17:15
- San Lucas 2:14
- Génesis 14:18-20
- Génesis 14:22
- Exodo 12:1-30; 24:3-11
- Salmos 22; 40; 50; 69
- 2 Macabeos 6:12-7:40

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Ritos iniciales

- La misericordia y la gloria de Dios
- Nuestro sacrificio

II. Orígenes del Culto

- El primer sacerdote
- Ofrecer al hijo amado
- Sacrificio pascual
- El Templo real

III: La casa del sacrificio

- Los tiempos de sacrificio
- El significado del sacrificio
- El sacrificio de acción de gracias
- “En todas partes ofrecen sacrificio”

IV. Preguntas para reflexionar



I. Ritos iniciales

La misericordia y la gloria de Dios

En la primera lección, vimos cómo los ritos iniciales de la Misa nos invitan a entrar en el mundo bíblico del culto.

Vimos como la Misa nos fue dada por Jesús para actualizar —“hacer real”—en nuestras vidas la salvación y la vida nueva prometidas en las páginas de la Biblia.

Continúan los ritos iniciales con una confesión de los pecados y un canto de las alabanzas a Dios. Nuestras oraciones penitenciales y el Gloria están empapadas con significado y lenguaje bíblicos.

La frase, “Señor, ten piedad,” aparece muchas veces en la Escritura, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (cfr. Eclo. 36:12; Bar. 3:2; Sal. 51:1; Mt. 15:22; 17:15). Las escrituras nos enseñan una y otra vez que la misericordia es uno de los atributos más importantes de Dios (cfr. Ex. 34:6; Jon. 4:2).

El “Gloria” es la oración de los ángeles, cantada la noche de la primera Navidad (cfr. Lc. 2:14). A esa oración angelical, la Iglesia ha agregado los ecos de los cantos de los ángeles que el Apóstol Juan escuchó en la liturgia celestial (cfr. Apoc. 15:3-4; 4:11; 5:11-14).

Otra vez en la Misa nos encontramos orando y cantando con las mismas palabras de la Escritura. Pero este momento de la Misa tiene una dimensión aún más profunda.

La confesión de pecado con el ofrecimiento de sacrificios era normal en la oración pública de Israel (cfr. Lev. 5:5-6). Así también lo era el dar alabanza y gloria a Dios (cfr. Sal. 86:12; 147:12).

De hecho, podríamos decir que en este momento de la Misa, entramos en el corazón del culto bíblico.

En las próximas lecciones, vamos a ver más de cerca la manera en que adoran a Dios en la Biblia.

En esta lección, consideramos el culto en el Antiguo Testamento. Y en la próxima, vamos a ver cómo el culto bíblico culmina en el que mandó Jesús en la Última Cena y que continúa hoy día en la Misa.



Nuestro Sacrificio

En una palabra, el culto bíblico es el ofrecimiento de sacrificio. Nuestro culto en la Misa es también un tipo de ofrecimiento sacrificial.



Escuchamos esto muchas veces en la Misa, aunque no lo notamos ni entendemos completamente lo que quiere decir.

Por ejemplo, después que el sacerdote prepara el altar, se dirige a nosotros con estas palabras, “Orad, hermanos para que este sacrificio sea agradable a Dios Padre todopoderoso”.

Nosotros respondemos, “Que el Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia”.

¿Qué significa sacrificio? Hablando en general, sacrificar es ofrecerle a Dios algo de valor, un animal, vegetal, comida, bebida, o incienso. Este ofrecimiento puede tener varios significados pero cada acto de sacrificio es un reconocimiento de la deuda que tenemos con Dios que es la fuente de vida y bendición.

El sacrificio era universal en las religiones del mundo antiguo y es esencial para entender las devociones y prácticas religiosas de la Biblia.

II. Orígenes del culto

El Primer Sacerdote

La Biblia nunca explica el sacrificio ni sus orígenes. Sin embargo, vemos su práctica desde las primeras páginas de la Escritura.

Los hijos de Adán y Eva ofrecen sacrificios—Caín de los frutos de la tierra, Abel de los primogénitos de su rebaño (cfr. Gen. 4:3-4). Noé, también, parece haber heredado la tradición de un culto que incluye la quema de animales (cfr. Gen. 7:2; 8:20).

Abraham, el padre del pueblo escogido, responde a la llamada de Dios construyendo un altar y ofreciendo sacrificios (cfr. Gen. 15:6-10; 22:13). En la primera parte de la Biblia, los “hijos” de Abraham con frecuencia construyen altares y ofrecen sacrificios (cfr. Gen. 33:20; 35:1-7).

De los sacrificios del Génesis, dos son de particular importancia para nuestro entendimiento de la Misa: el del misterioso sacerdote-rey Melquisedec (cfr. Gen. 14:18-20) y el de Abraham en Génesis 22.

Melquisedec es el primer sacerdote mencionado en la Biblia. Es “sacerdote del Dios Altísimo”. También es rey de Salem, una tierra que se llamará más tarde, “Jeru-salem”, que quiere decir “Ciudad de Paz” (cfr. Sal. 76:2).

La combinación de sacerdote y rey era rara en el Antiguo Testamento. Pero más tarde podemos ver que este título le fue dado al real hijo de David (cfr. Sal. 110:4) y, en el Nuevo Testamento, a Jesús (cfr. Heb. 7).



El sacrificio de Melquisedec es también extraordinario porque no incluyó animales. Ofreció pan y vino, tal como Jesús haría en la Última Cena.



Ofrecer al hijo amado

El sacrificio de Melquisedec terminó con la bendición sacerdotal de Abraham. Y Abraham después volvería a Salem a ofrecer su propio sacrificio.

Fue en el monte Moria, un lugar después identificado con el del Templo de Jerusalén (cfr. 2 Cro. 3:1), que Dios pidió a Abraham el sacrificio de su único y amado hijo, Isaac.

Como podremos ver en la próxima lección, en la historia de Isaac “atado”, los autores del Nuevo Testamento vieron una figura del ofrecimiento del amado Hijo de Dios en la cruz (cfr. Gen. 22:12,15; Jn. 3:16).

Noten el lenguaje usado en Génesis 22. Las palabras “su hijo” o “el muchacho” salen 11 veces en 15 versículos. La única vez que habla Isaac, empieza con “Padre.” Como para centrar más en el punto, el narrador describe: “dijo Isaac a su padre...”

Todo esto tomará más importancia cuando estudiemos el sacrificio del Señor en la próxima lección.



Sacrificio pascual

Es claro que ya en el tiempo de cautiverio en Egipto, el sacrificio era central en el culto de los israelitas.

En la petición original que Moisés dirige al Faraón pide permiso para viajar al desierto “para ofrecer sacrificios a Yahvé, nuestro Dios” (cfr. Ex. 3:18; 5:3, 8,17).

Y es un sacrificio lo que marca el punto cardinal en la historia de Israel: la Pascua que propicia al pueblo el éxodo de Egipto.

La historia de Pascua (cfr. Ex. 12:1-30) es el drama que define el Antiguo Testamento. Es crucial para entender tanto la Crucifixión como el memorial de ese evento, la Misa.

Noten el eco de la historia de Abraham e Isaac. Dios llama a Israel, “mi hijo, mi primogénito” (Ex. 4:22). En la Pascua, Dios pidió a cada familia tomar un cordero sin defecto, matarlo y untar con su sangre el dintel y las dos jambas de la puerta con un manojo de hisopo. Después tenían que comer la carne asada del cordero con pan sin levadura y hierbas amargas.

Dios prometió que si los israelitas hacían todo lo que pedía, sus hijos primogénitos se salvarían. Él iba a “pasar” de largo por sus casas y herir solamente a los primogénitos de los egipcios.

El cordero sacrificado murió para que el primogénito del pueblo—y el primogénito de Dios, la nación de Israel—pudieran vivir.

La noche de la primera pascua, Dios fijó su observancia como una “fiesta memorial y una institución perpetua” para las futuras generaciones (cfr. Ex. 12:14,24).

Moisés mandó que el memorial pascual incluyera siempre una narración recordando la razón de su institución. “Y cuando sus hijos les pregunten: ‘¿qué significa este rito para ustedes?’, responderán: ‘Es el sacrificio de la Pascua de Yahvé, que pasó de largo por las casas de los israelitas en Egipto hiriendo a los egipcios y preservando nuestras casas’ “ (Ex. 12:26-27).

Cuando los israelitas alcanzan el Monte Sinaí, ratifican su alianza con Dios por medio de un sacrificio (cfr. Ex. 24:3-11).

Moisés construye un altar con doce pilares y ordenó inmolar novillos derramando la mitad de la sangre sobre el altar. Entonces escribe las palabras y los mandamientos de Dios en “el libro de la Alianza” y lo lee al pueblo.

Cuando el pueblo jura vivir de acuerdo con las palabras del libro, Moisés “tomó la sangre, roció con ella al pueblo y dijo: ‘Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, de acuerdo con todas estas palabras.’” A continuación, Moisés y los ancianos tomaron un sacrificio como comida en la presencia de Dios.

Esta escena, también, será importante para nuestro estudio de la Última Cena y la Misa.

El sacrificio diario fue la característica definitiva del culto de Israel cuando entró en la Tierra Prometida.

De hecho, mucho de la Ley o Pentateuco, (los primeros cinco libros de la Biblia) está dedicado a las leyes rituales y los reglamentos que describen en detalles precisos las maneras en que los israelitas tienen que ofrecer sus sacrificios (cfr. Lev. 7-9; Num. 28; Deut. 16).

Los sacrificios tenían que ser ofrecidos frente a la “Tienda de Encuentro”, el santuario desmontable donde se guardaba el Arca de la Alianza, el sitio de la gloriosa presencia de Dios (cfr. Ex. 25:8-22; Jos. 3: 8-11).



El Arca contenía los signos de la Alianza con Dios (cfr. Heb. 9:4): las tablas de los diez mandamientos (cfr. Ex. 40:22), la vara sacerdotal de Aarón (cfr. Num. 17:25), y un poco del maná que comían los israelitas en el desierto (cfr. Ex. 16:32-33).

La ordenación de Aarón y sus hijos como sacerdotes de Israel, y el inicio del sacrificio diario, representan una coyuntura crucial en el Antiguo Testamento.

En la Tienda del Encuentro, Aarón y Moisés bendijeron al pueblo y ofrecieron un sacrificio por el pecado, un holocausto y un sacrificio de comunión, como Dios había pedido. Y salió fuego de la presencia de Dios y consumió el sacrificio en el altar (cfr. Lev. 9:22-24; Ex. 29:38-42).

En el sacrificio sacerdotal, el propósito de la Alianza con Dios es realizado: “En el altar, me encontraré con los israelitas...moraré en medio de los israelitas y seré su Dios” (Ex. 29:43,45).



El Templo real

Cuando Israel se hizo un reino bajo el gobierno de David y su hijo, Salomón, el Arca fue colocada en el Templo.

El Arca fue llevado a Jerusalén en una fiesta religiosa y gozosa, con el sacrificio de siete toros y siete carneros y las bendiciones de los sacerdotes (cfr. 1 Cro. 15:1-16:3; 2 Sam. 6: 11-19).

El Templo fue construido según un diseño divino (cfr. 1 Cro. 28:19). Dios le dijo a Salomón que iba a ser “mi casa de sacrificio” (cfr. 2 Cro. 7:12).

En una escena muy similar a lo que vimos en la inauguración de los sacrificios diarios, bajó fuego del cielo al altar mientras el pueblo se postró en adoración en la dedicación del Templo (cfr. 2 Cro. 7:1-4). Ese día, el pueblo y su rey sacrificaron 22,000 bueyes y 120,000 ovejas.

Desde ese momento, se centró la vida ritual de Israel en el Templo.

Igual que su padre, Salomón ofreció los sacrificios sacerdotales de acuerdo con las leyes de Moisés (cfr. 2 Cro. 7:4; 8:12). En efecto, el monarca de Israel fue comparado con el rey-sacerdote Melquisedec (cfr. Sal. 110).

El Templo, según la tradición, fue edificado en “Salem” donde Melquisedec era sumo sacerdote y rey (cfr. Sal. 76:3). También se dijo que fue edificado en el mismo Monte Moria, donde Abraham había ofrecido a su hijo en sacrificio y Dios había jurado salvar a todas las naciones (cfr. 2 Cro. 3:1; Gen. 22:2,18).

III. La Casa del sacrificio

Los tiempos de sacrificio

La liturgia del Templo reunió todos los tipos de sacrificio que la habían precedido. La vida ritual incluía una variedad de sacrificios:

El holocausto—un animal entero quemado encima del altar como “una oblación de aroma agradable al Señor” (cfr. Lev. 1:3-17; 6:8-13).

El sacrificio de cereal o granos—harina mezclada con aceite e incienso, normalmente ofrecido con otros sacrificios (cfr. Lev. 2:1-16; 6:14-23; Num. 6: 14-17; 28:3-6).

El sacrificio de comunión—un sacrificio de un animal, en que la grasa de las entrañas y los riñones son quemados en el altar y la carne es consumida por la persona que ofrece el sacrificio y los sacerdotes (cfr. Lev. 3:1-17; 7:11-36).

El sacrificio por el pecado—se ofrece un animal (un novillo, un cabro, un cordero o tórtola, etc.) en expiación de los pecados para purificar al pecador (cfr. Lev. 4:1-5:13; 6:24-30).

El sacrificio de reparación—un carnero ofrecido en expiación por profanación o por alguna ofensa contra el prójimo (Lev. 5:14-6:7; 7:1-10).

Los israelitas medían sus días, sus semanas y sus años de acuerdo a los sacrificios.

Cada día empezaba y terminaba con sacrificio: un cordero como holocausto, harina y aceite, y una libación de vino (cfr. Ex. 29:38-42; Num. 28:3-8; Esd. 3:5; Neh. 10:34). Cada séptimo día, el sábado, estos sacrificios se duplicaban.

Al inicio de cada mes, Israel celebraba la fiesta de la Luna Nueva, ofreciendo a Dios holocaustos, sacrificios de cereales, el sacrificio por el pecado y una libación (cfr. Num. 28:11-15). Además, cada año nuevo se celebraba el Rosh Hashanah (el nuevo año de calendario judío), con sacrificios rituales (cfr. Num. 28:11-15).

Y el calendario de Israel incluía otras celebraciones anuales, cada una marcada por sacrificios prescritos específicamente: la fiesta de las Tiendas (cfr. Num. 29:12-38; Lev. 23:33-34); la fiesta de Pentecostés (cfr. Num. 28:26-31) y el Día de Expiación, conocido en hebreo como Yom Kippur (cfr. Num. 29:7-11; Lev. 23:26-32).

El centro litúrgico del año para Israel siempre fue la fiesta de Pascua (cfr. Num. 28:16-25; Lev. 23:4). En el tiempo de Jesús, más de dos millones de peregrinos de todas partes del mundo acudían a Jerusalén.



Josefo, el historiador judío del primer siglo, reportó que en la fiesta de Pascua del año 70 d.C., unos 40 años después de la crucifixión, los sacerdotes del Templo ofrecieron 256,500 corderos en sacrificio (Las Guerras de los Judíos; Libro VI, capítulo 9,#3).

Aunque la Ley de Israel exigía que los sacerdotes ofrecieran los sacrificios a favor de judíos particulares y a favor de la nación estos sacrificios sin embargo, eran profundamente personales en carácter.

Imagínese tomar un cordero sin defecto de su propio rebaño, viajar hasta el Templo, sacrificarlo, quitarle las entrañas y presentarlo al sacerdote para quemarlo en el altar. Esto era la realidad del sacrificio en Israel.



El significado del sacrificio

¿Por qué Dios instituyó el sacrificio como una manera de darle adoración?

Ciertamente, Dios no “necesitaba” sacrificios, como los profetas y salmistas dijeron claramente (cfr. Sal. 50:9-13).

Desde luego, Dios parece requerir a Israel ciertos tipos de sacrificios de animales para enseñar algo al pueblo y purificarlos de su culto de falsos ídolos.

Aparentemente, Moisés reconoció esto cuando le dijo al Faraón que los egipcios se ofenderían gravemente con los sacrificios de los israelitas (cfr. Ex. 8:25-27). Los tres animales que Dios mandó sacrificar a Israel: ganado, ovejas y cabritos, fueron todos considerados figuras de dioses por los egipcios.

Dios, en efecto, estaba pidiendo a Israel matar ritualmente a “los dioses” que los israelitas antes servían en Egipto. El sacrificio iba a ser un tipo de penitencia por la idolatría de Israel (cfr. Jos. 24:14; Eze. 20:7-8; Hech. 7:39-41).

Los sacrificios de Israel tenían además otros significados.

Como hemos visto en los sacrificios de reparación y por el pecado, el rito de sacrificio frecuentemente servía como un acto de renuncia y de arrepentimiento por los pecados. La “sangre” del animal simbolizaba la vida del que ofrecía el sacrificio. Reconociendo que sus propios pecados merecían la muerte, la persona ofrecía la vida del animal en vez de su propia vida.

En otras ocasiones, el sacrificio fue un “regalo” que reconocía la soberanía de Dios sobre la creación.

Haciendo el sacrificio de las primicias de la tierra y de sus rebaños, los que oraban estaban ofreciendo algo suyo, algo que necesitaban, una parte de si mismos, para agradecer



a Dios por sus bendiciones (cfr. Lev. 23:10-14; Deut. 26:1-11; Ex. 13:1-2; Num. 3:11-13, 44-51).



Sacrificio de acción de gracias

En las liturgias del Templo que son relatadas en el Libro de Salmos y en los escritos de los profetas, vemos un desarrollo del entendimiento que los holocaustos no eran todo lo que Dios requería. Él exigía un sacrificio “interior” y “espiritual” también.

El sacrificio espiritual no estaba opuesto al sacrificio de animales. Idealmente, los sacrificios que los israelitas ofrecían en el Templo reflejaban su intención de ofrecerse a Dios con un espíritu contrito y humilde.

Los profetas, sin embargo, vieron que se habían desconectado los sacrificios que se ofrecían en el Templo y los corazones del pueblo.

Isaías dijo que su falta de fe y justicia hizo que sus sacrificios no valieran nada (cfr. Is. 1:10-16; Am. 4:4-6; Mal. 1:10, 13-14).

Jeremías les recordó que Dios no les mandó holocaustos cuando los libró de Egipto sino deseó que su pueblo anduviera por sus caminos y escuchara su voz (cfr. Jer. 7:21-24; Miq. 6:6-8).

Con el tiempo, Israel pudo ver que amor y no sacrificio es lo que Dios verdaderamente quiere (cfr. Os. 6:6).

El salmo 40 menciona específicamente los sacrificios de animales, cereales (oblación), holocaustos y sacrificios por los pecados. Dios no los quiere ni busca, canta el salmista, más bien desea “oídos abiertos para la obediencia” y corazones que se deleitan en la voluntad divina.

El salmo 40:1-11 es clasificado como uno de los *todah* (to-dáh) salmos (por ejemplo, Sal. 18; 30; 32; 41; 66; 69; 118; 138).

Todah es una palabra hebrea que quiere decir “sacrificio de acción de gracias.” De hecho, fue traducida por la palabra griega “*eucharistia*,” de donde proviene eucaristía.

Muchos de los salmos fueron escritos para acompañar el sacrificio de acción de gracias (*todah*), un tipo de “sacrificio de comunión” que incluía una comida sagrada con pan, carne y a veces vino, ofrecidos con familiares y amigos en el Templo (cfr. Lev. 7:1-21).

Una persona realizaba este sacrificio de acción de gracias y alzaba “la copa de salvación” (cfr. Sal. 116:13-14; 17-18) por haber sido liberada por Dios de algo que amenazaba su vida, una enfermedad seria, persecución o un peligro mortal.



Cantando los salmos *todah*, el que ofrecía el sacrificio glorifica Dios y celebra la nueva vida que le fue otorgada por los hechos maravillosos de Dios.

El Salmo 69 es un buen ejemplo de un salmo *todah*. Inicia con una súplica de la ayuda de Dios (“Sálvame, oh Dios”), incluye un largo lamento sobre las aflicciones que enfrenta el creyente, y termina por glorificar a Dios con acción de gracias, alabando el nombre del Señor y exhortando a otros a esperar en él.

El Salmo 22 que Jesús oraba en la Cruz es otro salmo *todah*. El salmo inicia con un llanto de desesperación (“¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?”). Después narra los tormentos infligidos por manos de los malvados, y concluye con una nota de triunfo, alabando a Dios por escuchar y salvar al salmista.

Muchos otros salmos fueron compuestos como “himnos procesionales” para acompañar los sacrificios de Israel en el Templo. También estos revelan el sentido interior y espiritual de ellos. En estos salmos, el sacrificio se combina con la alabanza de Dios por librar a los israelitas de sus enemigos y opresores (cfr. Salmos 54:6-9; 66:5-9, 13-20; 107:21-22; 116:3-4, 8-9, 17-18).

Al ofrecer alabanza y acción de gracias, el orante estaba comprometiéndose a dar su vida a Dios en acción de gracias: “Cumpliré, oh Dios, los votos que te hice, sacrificios te ofreceré de acción de gracias, pues, rescataste mi vida de la muerte para que marche en la presencia de Dios iluminado por la luz de la vida” (cfr. Salmos 56:13-14; 40:6-8; 51:16-17; 50:14,33; 141:2).

Textos escritos más tarde en el Antiguo Testamento hasta ofrecen “modelos” para el sacrificio de corazón requerido por Dios (cfr. 1 Sam. 15:22; Prov. 21:27; Sir. 34:18-19).

Isaías profetiza que Dios mandará un “siervo” que ofreciera su propia vida por el pueblo (cfr. Is. 42:1-4; 49:1-6; 50:4-9; 53:11).

Este siervo es comparado con el cordero de sacrificio quien lleva la culpa del pueblo. Aplastado por los pecados del pueblo, traspasado por sus ofensas, él “da su vida como sacrificio por los pecados” (cfr. Is. 53:1-11).

En el testimonio heroico de sus mártires, Israel también desarrolló el concepto de un pueblo que libremente se entrega en obediencia a la Ley de Dios y hace reparación por los pecados de la nación. (cfr. 2 Mac. 6:12-7:40).



En todas partes ofrecen sacrificio

El sacrificio se vuelve alabanza y culto espiritual en el Antiguo Testamento. Pero no se esperaba que el rito sacrificia desapareciera de Israel.



Hasta los profetas, que critican agudamente a los israelitas por su hipocresía, veían un lugar para sacrificio en un nuevo y eterno reino de David (cfr. Jer. 17:25-26; 33:16-18).

Isaías hasta predijo “un altar al Señor” en la tierra del archienemigo, Egipto. En el reino que vendrá, dijo, hasta los egipcios ofrecerían sacrificios y oblaciones y cumplirían votos al Señor.

En el umbral del Nuevo Testamento, el libro final del canon del Antiguo Testamento, Malaquías, profetiza lo mismo, pero a una escala mucho mayor. Él ve que todos los pueblos del mundo iban a traer sacrificio a Dios.

“Desde levante hasta poniente grande, es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar ofrecen a mi Nombre sacrificios de incienso y oblaciones puras” (Mal. 1:11).

IV. Preguntas para reflexionar

- ¿Cuál fue el primer sacrificio mencionado en la Biblia?
- ¿Quién es el primer sacerdote mencionado en la Biblia?
- ¿Cuál fue el motivo original del permiso para salir de Egipto que Moisés pidió al faraón?
- ¿Qué contenía el Arca de la Alianza? ¿Dónde se guardaba el Arca cuando Israel se hizo un reino?
- ¿Cuáles son los cinco tipos de sacrificio prescritos en el Antiguo Testamento?
- ¿Qué es un sacrificio “*todah*”?



Para meditación personal:

- ¿Entiendes tu adoración en la Misa como una forma de sacrificio? Prepárate para la Misa dominical leyendo algunos de los salmos *todah* (por ejemplo, Sal. 22; 69; y 116). Mira cómo esto ayuda a mejorar tu aprecio por la Misa.
- ¿Entiendes la vida como un sacrificio de obediencia a Dios? Lee y reza con los salmos 40 y 50 y medita la historia de los mártires macabeos (cfr. 2 Mac. 6:12-7:40) y pide al Señor la fortaleza de hacerte cada vez más un sacrificio agradable a Él.



Lección Tres

Un solo sacrificio para todo el tiempo

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN

- Entender la muerte de Jesucristo en la Cruz como sacrificio
- Ver el paralelismo entre los sacrificios del Antiguo Testamento y el sacrificio de Cristo en la Cruz
- Entender cómo el sacrificio nos es re-presentado en la misa

LECTURAS:

- La Cena del Cordero, Capítulos Tres y Cuatro
- San Marcos 14:12-25
- 1Corintios 11:23-32
- San Juan 19: 13-37
- Hebreos 9
- Apoc. 5

ESQUEMA DE LA LECCIÓN:

I. Digno es el Cordero

- Los títulos de Jesús
- El Cordero de Dios

II. Jesús, el último y perfecto sacrificio

- Jesús e Isaac
- Jesús y el cordero pascual
- Jesús y el *Todah*

III. El Sacrificio de Cristo y la Misa

- La Alianza de Amor
- El Orden de Melquisedec
- Único y eterno sacrificio
- Re-presentando la Cruz
- Sacerdotes ofreciendo sacrificio

IV. Preguntas para reflexionar



I. Digno es el Cordero

Los títulos de Jesús

Jesús tiene muchos títulos en la Escritura.

Es llamado “el Ungido” (Hech. 4:26) y “el Cristo” (Hech. 3:20). Frecuentemente se refiere a Él como “Señor,” y “Maestro.”

Es llamado “León de Judá” (Apoc. 5:5), “Sumo Sacerdote” (Heb. 3:1), “Hijo de Dios” (Mc. 1:11), y “Rey de los Judíos” (Mc. 15:2; 15:26).

Tales títulos reconocen a Jesús como Dios, Rey, y cabeza de la Iglesia en el cielo y en la tierra.

Pero en el último libro de la Biblia, es llamado—28 veces—el Cordero: “Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza” (Apoc. 5:12).

Es una descripción curiosa. De una manera, es lo opuesto de los otros títulos usados para describir a Jesús. Mientras los otros títulos significan poder y majestad, su descripción como “Cordero” evoca debilidad y la falta del poder.

Sin embargo, el título refleja una creencia fundamental del Nuevo Testamento, una que continuamos profesando en cada Misa.

Cada vez que celebramos la Eucaristía, el sacerdote dice: “Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.”

Estas palabras combinan dos versículos de la Escritura: la descripción de Jesús hecha por San Juan el Bautista (cfr. Jn. 1:29,36), y las palabras del ángel sobre la fiesta celestial en el último libro de la Biblia (Apoc. 19:9).



El Cordero de Dios

¿Por qué le llamamos un Cordero?

La respuesta es porque de todos los sacrificios que ofrecían los Israelitas, uno se destacaba como el más importante del calendario: la Pascua, que celebraba la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto (cfr. Ex. 12).

El sacrificio de un cordero sin defecto y el consumir su carne asada eran parte central en la celebración de la Pascua.



Como veremos en esta lección, al llamar a Jesús Cordero, el Nuevo Testamento quiere evocar el sacrificio del Antiguo Testamento. La imagen de Jesús como Cordero expresa la creencia cristiana que Jesús, en su muerte de Cruz, fue ofrecido en sacrificio, igual que el cordero sacrificado por las familias israelitas antes del Éxodo.

Al profesar que Jesús es el Cordero de Dios en nuestra celebración de la Eucaristía, estamos recordando su muerte sacrificial en la cruz. Pero más aún, como veremos, estamos “re-presentando” ese sacrificio.

II. Jesús, el último y perfecto sacrificio

Jesús e Isaac

El Nuevo Testamento ve a Jesús como el Cordero de la Nueva Pascua.

Pero más aún, el Nuevo Testamento presenta su sacrificio en la cruz como el último y perfecto sacrificio al que todos los sacrificios de la Biblia señalaban y anticipaban.

Como notamos en nuestra última lección, en la historia de la “atadura” de Isaac, los autores del Nuevo Testamento vieron una figura del sacrificio del Hijo de Dios en la cruz (cfr. Gen. 22:12,15; Jn. 3:16).

Y no es difícil hallar paralelismo entre los dos eventos. Un padre sacrifica a su único y amado hijo. Después de que Ismael fue desterrado al desierto (cfr. Gen. 21:9-14), Isaac fue la única esperanza de posteridad para Abraham—“tu hijo Isaac, tu único, al que amas” (Gen. 22:2). El evangelio de San Juan ocupa el mismo lenguaje para describir el ofrecimiento de Jesús. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito” (Jn. 3:16).

La carta a los Hebreos dice que Abraham estaba dispuesto “a ofrecer su hijo único” y que “pensaba que poderoso era Dios aun para resucitarlo de entre los muertos” (Heb. 11:17-19). Y es interesante, también, que fue “al tercer día” que Isaac fue rescatado de la muerte (cfr. Gen. 22:4).

La víctima lleva la leña de su propio sacrificio. Además del paralelismo de un padre ofreciendo a su único hijo en la esperanza de resurrección, hay otro paralelismo. “Tomó Abraham la leña del holocausto, la cargó sobre su hijo Isaac” (Gen. 22:6).

Jesús también cargó con su cruz (cfr. Jn. 19:17), aunque, agotado por el maltrato, no pudo llevarla todo el camino (cfr. Mc. 15:21).

La víctima va voluntariamente a su propio sacrificio. Aunque en arte, Isaac es retratado frecuentemente como un muchacho joven, comentaristas judíos y cristianos han señalado que no pudo haber sido una víctima contra su voluntad.

Era un joven fuerte que podía llevar suficiente leña para un sacrificio grande, y Abraham tenía más de cien años de edad. Si Isaac hubiera resistido, Abraham no habría podido ganar.

Creyeron que como Cristo, Isaac se hizo sacrificio a Dios, al igual que Jesús que libremente da la vida (cfr. Jn. 10:18) en obediencia de la voluntad de su Padre (cfr. Mc. 14:36).



El sacrificio se realiza en el monte Moria. Dios le dijo a Abraham, “vete al país de Moria” y “ofréce [tu hijo Isaac] allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga” (Gen. 22:2).

La tradición antigua sostenía que Salomón construyó el Templo en el sitio donde Abraham había ofrecido a Isaac (cfr. 2 Cro. 3:1).

El lugar donde Abraham pudo ofrecer a su propio hijo se volvió el sitio donde el pueblo de Dios ofrecía sus sacrificios.

El Gólgota, en las afueras de Jerusalén, es también asociado con el monte Moria. Y allí Dios mismo sacrificó a su propio Hijo.

Dios mismo provee la víctima del sacrificio. Cuando Isaac preguntó a su padre, “¿dónde está el cordero para el holocausto?” Abraham le contestó: “Dios proveerá el cordero para el holocausto” (Gen. 22:7-8)

Y así fue: cuando el ángel de Dios detuvo el sacrificio de Isaac, Abraham halló un carnero listo para ser sacrificado (cfr. Gen. 22:10-13).

Así, en el supremo sacrificio, Dios proveyó el Nuevo Cordero, Su Hijo Único. Como dijo San Pablo: Él “no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rom. 8:32).

Como vimos en la lección anterior, la atadura de Isaac fue una figura del posterior sacrificio de la Pascua, donde otra vez un Cordero sustituyó al amado hijo primogénito.

Como veremos, los autores del Nuevo Testamento, cuidadosamente señalaron como la muerte de Jesús tuvo paralelismo con el sacrificio pascual.



Jesús el cordero pascual

“Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado” (1 Cor. 5:7).

Desde el mero inicio del cristianismo, los creyentes han visto la muerte de Cristo en la cruz como el último sacrificio pascual. En la mayoría de idiomas que hablan los cristianos, la palabra para la celebración de la resurrección se relaciona con la raíz, “pasch” que viene del hebreo, “pascua”. (El inglés es la excepción en este sentido, porque la palabra “Easter”, que es Pascua de Resurrección, viene de una fiesta pagana de la primavera.)

Es por esto que continuamos llamando a Jesús el “Cordero de Dios” y también porque Cristo aparece como Cordero en las visiones simbólicas del Apocalipsis.

Los evangelistas señalan un obvio paralelismo para indicar que Cristo es el sacrificio pascual definitivo:

El juicio y la ejecución de Jesús ocurrieron durante la fiesta de Pascua (cfr. Lc. 22:1-2). Los cuatro evangelistas hacen énfasis de esto.

San Juan agrega el detalle que Pilato entregó a Jesús para ser crucificado cerca de medio día (“hacia la hora sexta”) del día de la preparación (cfr. Jn. 19:14-16).

San Juan, el único evangelista que se fija en este detalle, tenía asociaciones sacerdotales (cfr. Jn. 18:16 donde se dice que “el otro discípulo” conocía al sumo sacerdote).

Entonces tenía que saber que los sacerdotes empezaban a sacrificar los corderos pascuales en “la hora sexta” el día de la preparación. Claramente, el evangelista quiere mostrar que Jesús es el cordero pascual conducido al sacrificio.

No se le quebrará hueso alguno. Los soldados tenían la intención de quebrar las piernas de los criminales crucificados para apurar su muerte. Pero Jesús ya estaba muerto cuando los soldados llegaron donde Él (cfr. Jn. 19:31-36). Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza para asegurarse. No se le quebró hueso alguno.

El hecho es tan significativo para San Juan que se siente obligado a asegurarnos que “él que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean” (Jn. 19:35).

Para asegurar que entendemos el mensaje, San Juan nos dice que: “...todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: ‘No se le quebrará hueso alguno’” (Jn. 19:36).

La “escritura” a la que se refiere es la de las instrucciones para preparar el cordero pascual: “ni le quebrarán ningún hueso” (Ex. 12:46; cfr. Num. 8:12 y Sal. 34:20).

Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a Jesús en la cruz (cfr. Jn. 19:29). Ramas de hisopo fueron ocupadas para rociar la sangre del cordero pascual (cfr. Ex. 12:22). Pero Jesús no solamente fue la víctima del sacrificio. El sacrificio no fue ofrecido por los soldados que golpearon y mataron a Jesús: su intención era solamente matar un hombre, no ofrecer un sacrificio.

Fue Jesucristo mismo quien se ofreció en sacrificio. Como nuestro Sumo Sacerdote (cfr. Heb. 3:1), Jesús “se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef. 5:2).

Las palabras de San Pablo nos recuerdan al Éxodo 29:18, que narra el sacrificio ofrecido para consagrar a los hijos de Aarón como sacerdotes.

Lo que San Pablo quiere comunicar es que Cristo es a la vez el Cordero ofrecido y el Sumo Sacerdote que ofrece.



Jesús y el “*Todah*”

Como notamos en la última lección, el sacrificio de acción de gracias, “*todah*”, era uno de los elementos más importantes del culto en el Templo de Jerusalén.

El *Todah* se ofrecía en acción de gracias por liberación de algún peligro muy grave. Un buen ejemplo de un salmo *todah* es el Salmo 22. Lo reconocemos en el primer versículo instantáneamente: “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?” que son las palabras que Jesús gritó desde la cruz (cfr. Mc. 15:34).

Suena como un grito de desesperación. Pero si conocemos el salmo entero—y los judíos que estuvieron al pie de la cruz ciertamente conocían el salmo entero—sabemos que termina con una nota de triunfo.

El salmista alababa a Dios por su liberación. Al adoptar este salmo entre sus últimas palabras, Jesús no estaba expresando desesperación sino triunfo: con una voz fuerte, Él declaró la certeza de la salvación de Dios.

El ofrecimiento del *todah* era una comida sacrificial compartida con amigos. Incluía un ofrecimiento de pan y vino. De hecho, se parecía al sacrificio que el rey-sacerdote Melquisedec compartió con Abraham en acción de gracias por el rescate del pueblo de Salem (cfr. Gen. 14:18-20). Los rabinos antiguos enseñaban que, después que viniera el Mesías, todos los sacrificios desaparecerían menos el *todah*, que nunca iba a cesar por toda la eternidad. O, usando términos que les eran familiares a los millones de judíos de habla griega: Podemos decir, después de la venida del Cristo, todos los sacrificios iban a cesar, menos la Eucaristía y de hecho, algunos escritores judíos ocupaban “eucharistia” en griego para traducir el hebreo *todah*.



III. El Sacrificio de Cristo y la Misa

La Alianza de Amor

Cuando Jesús decidió ir a Jerusalén por última vez, sabía que iba a morir allá (cfr. Mt. 20:17-19). Sus discípulos lo sabían también (cfr. Jn. 11:16).

Jesús llegó a Jerusalén a tiempo para la Pascua, e hizo sus planes de celebrar la cena pascual con sus doce discípulos (cfr. Mc. 14:12-16).

Tres de los cuatro evangelistas conservan las palabras y gestos de Jesús en esa cena. Estos gestos y palabras siguen siendo recordados en cada celebración eucarística.

Esta práctica empezó muy temprano en la historia de la Iglesia, como podemos ver en la carta de San Pablo a los Corintios. Él recuerda que Jesús tomó pan y vino, diciendo que eran su cuerpo y sangre y agregó: “Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en memoria mía” (1 Cor. 11:23-26). En las narraciones de San Mateo y San Marcos, al dar a sus discípulos la copa, Jesús dice también, “esta es mi sangre de la alianza” (Mt. 26:28; Mc. 14:24).

Estas palabras hacen eco deliberadamente del sacrificio crucial de la historia del Antiguo Testamento, el sacrificio que Moisés ofreció para celebrar la alianza de Dios con Israel después del éxodo de Egipto.

Después que Moisés lee “el libro de la alianza” y el pueblo profesa su fe en ella, Moisés toma la sangre de los toros del sacrificio y rocía a la gente con ella. Mientras lo hace, él ocupa las mismas palabras que Jesús dice en la Última Cena, “Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, de acuerdo con todas estas palabras” (Ex. 24:5-8).

Jesús y sus discípulos estaban celebrando la tradicional cena pascual. Pero Jesús introdujo algo nuevo, algo que recordaba los sacrificios cruentos del Antiguo Testamento, pero de una forma que se parecía al sacrificio incruento de *todah*.



El orden de Melquisedec

El sacrificio ofrecido en la Última Cena recordó el realizado por el rey-sacerdote Melquisedec, que también ofreció pan y vino (cfr. Gen. 14:18).

La Carta a los Hebreos interpreta a Melquisedec como una figura de Cristo.

Todo el capítulo siete de Hebreos es una meditación sobre qué quiere decir que Cristo es un sacerdote, “según el orden de Melquisedec” (ver también Heb. 5:8-10).



Como Melquisedec, Cristo ofrece pan y vino; pero su sacrificio es infinitamente más grande, porque el pan y vino son su propio cuerpo y sangre.

Más que esto, Él le dio a sus seguidores una manera de participar en ese sacrificio. En esa cena pascual, Jesús ofreció la primera Misa.

Y por esta razón, el sacerdocio de Cristo es infinitamente más grande que el antiguo sacerdocio de Israel.

Esos sacerdotes murieron, y sus sacrificios nunca pudieron salvarnos del pecado, pero Cristo vive para siempre, y su único sacrificio destruyó el pecado y la muerte para siempre.

“Este es el punto capital de cuanto venimos diciendo, que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, al servicio del santuario y de la Tienda verdadera, erigida por el Señor, no por un hombre” (Heb. 8:1-2).



Único y eterno sacrificio

La muerte del Señor, es lo que se celebra en la Eucaristía. Lo escuchamos en cada Misa, pero los primeros cristianos no pudieron haber dejado de percibir el sentido irónico de esto.

Cristo, nuestro Señor, ha sido brutalmente torturado y asesinado, y celebramos ese evento a través de una “Eucaristía”, o sea una “acción de gracias”.

¿Por qué estamos agradecidos? Porque la muerte de Cristo no fue sin sentido, ya que fue un sacrificio por todos. Nuestra Eucaristía, como el antiguo *todah*, es una acción de gracias porque Dios nos ha liberado de la muerte.

Que la muerte de Cristo en la cruz fue, hablando estrictamente, un sacrificio—es decir un ofrecimiento de la misma naturaleza de los sacrificios del Antiguo Testamento, aunque siempre los sobrepase y los cumpla todos— nunca lo dudaron los primeros cristianos.

Toda la Carta a los Hebreos, por ejemplo, está llena de la imagen de Cristo quien es a la vez Sumo Sacerdote y sacrificio.

Hebreos 9:13-14 compara los sacrificios de animales con el sacrificio de Cristo, que “se ofreció a si mismo sin tacha” como sacrificio puro.

San Pablo también describe la muerte de Cristo como un sacrificio en muchas de sus cartas (ver por ejemplo, Ef. 5:2; 2 Cor. 5:21).



Hemos visto cómo los evangelistas, especialmente San Juan, cuidadosamente señalan el paralelismo entre el sacrificio pascual y la muerte de Cristo en la cruz.

Finalmente, la imagen del “Cordero degollado” del Apocalipsis no tiene sentido si el Cordero no fue matado en sacrificio. Este sacrificio de Cristo en la cruz es el sacrificio culminante, que se ofrece una vez para siempre.

Ocurrió en un tiempo específico en la historia y no ocurrirá otra vez. Todos los sacrificios del Antiguo Testamento fueron anticipaciones de este.

Otra vez, encontramos esta creencia en la Carta a los Hebreos. El autor explica que los israelitas ofrecieron los mismos sacrificios año tras año, pero que estos nunca los pudieron hacer a ellos perfectos ni justos ante Dios.

Por esto tenían que repetirlos. Si los sacrificios hubieran podido borrar sus pecados, no habrían tenido que seguir ofreciéndolos.

“Al contrario, con ellos se renueva cada año el recuerdo de los pecados, pues es imposible que la sangre de toros y cabras borre los pecados” (Heb. 10:1-4).

Ningún sacrificio ofrecido por los sacerdotes de Israel podía borrar los pecados del pueblo.

Pero Jesús se ofreció como “un solo sacrificio por los pecados” y mediante “una sola oblación ha llevado a la perfección definitiva” no solamente a los israelitas sino a todos los hombres (cfr. Heb. 10:11-14).

Solamente el único sacrificio de Cristo podía hacernos verdaderamente el pueblo santo de Dios y su único sacrificio fue hecho “una vez para siempre” (cfr. Heb. 10:10).



Re-presentando la Cruz

Entonces, ¿por qué podemos llamar a la Misa un sacrificio?

Podemos llamar a la Misa un sacrificio, porque Cristo instituyó la Eucaristía que hace accesible el último sacrificio a nosotros para todos los tiempos.

Cristo no es sacrificado de nuevo en la Misa. Pero Cristo está realmente presente en la Eucaristía, por eso la Misa es una participación en su único gran sacrificio.

La Misa re-presenta ese sacrificio, haciéndolo presente para nosotros y dándonos participación en él. No es que el sacrificio de Cristo pueda ocurrir de nuevo, sino que es eterno y continúa ocurriendo en la Eucaristía. El sacrificio es eterno y cada Misa es participación en él.

Noten la diferencia entre “re-presentar” y “representar”.



En lenguaje moderno decir que una cosa “representa” a otra generalmente quiere decir que ésta sustituye a aquella. Una palabra representa la cosa a la que da nombre, y un oficial elegido representa al pueblo que lo elige. Pero la palabra no es igual a la cosa, y el oficial elegido no es el pueblo.

Cuando decimos que la Misa “re-presenta” el sacrificio de Cristo en la cruz, sin embargo, volvemos a la raíz de la palabra.

La Misa *presenta el sacrificio de nuevo*, haciéndolo presente para nosotros ahora mismo. En todas partes del mundo, donde sea que se celebra la Eucaristía, el pueblo de Dios está presente ante el único y eterno sacrificio del Cordero.



Sacerdotes ofreciendo sacrificio

Cada miembro del Pueblo de Dios es hecho miembro del santo sacerdocio de la Iglesia (cfr. 1 Pe. 2:4-5,9; Apoc. 1:6) así como Israel fue llamado “un reino de sacerdotes” (Ex. 19:6).

Cada uno de nosotros es llamado a “ofrecer sacrificios espirituales” (cfr. 1 Pe. 2:4-5).

Como Cristo se ofreció en la cruz, también nosotros somos llamados a ofrecer nuestros propios cuerpos y nuestras propias vidas en la Misa. Unidos a Cristo en el bautismo, compartimos su sacerdocio. Con Él, nos ofrecemos como sacrificio.

“Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que se ofrezcan a ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será su culto espiritual” (Rom. 12:1).

Y en este culto espiritual estamos unidos con todos los cristianos en todas partes donde celebran el mismo sacramento. También nos unimos con los santos en el cielo, todos los cristianos a través de todo el tiempo, compartiendo el único y perfecto sacrificio.

De hecho, la Misa es el cielo en la tierra, no por figura, sino literalmente. Esto va a ser el tema de la próxima lección: el hecho sorprendente y asombroso que donde sea que se celebra la Misa, el cielo está presente ahora mismo.

IV. Preguntas para reflexionar

- ¿Por qué los intérpretes cristianos y judíos concluyeron que Isaac fue voluntariamente a su propio sacrificio?
- ¿Por qué es significativo que Pilato mandó a Jesús a su muerte cerca de las 12 p.m. el día de la preparación?
- ¿A qué sacrificio del Antiguo Testamento se refieren las palabras de Jesús sobre “la sangre de la Alianza”?



- ¿Por qué es que San Juan toma tanto cuidado en señalar que no se quebró ningún hueso de Jesús?
- ¿Cuántas veces se ofrece el sacrificio de Cristo?
- ¿Cuál es la diferencia entre hacer una representación del sacrificio de Cristo y representarlo?



Para meditación personal

- ¿Recuerdas la historia de la primera pascua? (cfr. Ex. 12.) Durante la Misa dominical, relaciona la Pascua—la salvación de los primogénitos de los israelitas—al drama de salvación que estás presenciando.
- ¿"Disciernes el cuerpo" en la Eucaristía? Lee 1 Corintios 11:23-32 otra vez. Como preparación para la Misa, ¿por qué no lees la narración de la pasión en el evangelio de San Juan, especialmente San Juan 19:13-37?



Lección Cuatro

“Esta lectura que acaban de oír se ha cumplido hoy”
(Lucas 4:21): La Liturgia de la Palabra

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN

- Entender la Escritura como la Palabra Viva de Dios
- Entender el lugar de la Escritura en el centro de la liturgia
- Ver la Escritura como un encuentro con Cristo, la Palabra Viva de Dios
- Ver cómo la Liturgia de la Palabra nos prepara para la Liturgia de la Eucaristía

LECTURAS:

- La Cena del Cordero: Capítulo Cuatro
- San Juan 1:1-18
- Ex. 24: 4-8
- Nehemías 8
- Lucas 24:18-35
- 2 Pedro 1:17-21
- 2 Timoteo 3: 14-17

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. Comunión con la Palabra de Dios

- El Señor esté con ustedes
- La Palabra Camino

II. Inspirada por Dios

- No un libro ordinario
- Oráculos inspirados de Dios

III. La Palabra en la Liturgia de Israel

- El lugar de la Escritura
- La liturgia de la sinagoga

IV. La Palabra en la Liturgia de la Iglesia

- La Escritura Cumplida
- Encontrando a Cristo en la Escritura

V. Preguntas para reflexionar



I. Comunión con la Palabra de Dios

El Señor esté con ustedes

“El Señor esté con ustedes,” saluda el sacerdote al iniciar la Misa.

“Y con tu espíritu,” contestamos.

Es una oración de petición y a la vez la afirmación de un hecho. Es una petición en cuanto estamos pidiendo al Señor que Él esté con nosotros mientras oramos. Y es un hecho porque reconocemos que nuestra oración ya se ha contestado. Jesucristo prometió estar con nosotros cuando estamos reunidos en su nombre (cfr. Mt. 18:20) y en la Misa Él cumple su promesa.

Jesucristo está verdaderamente presente con nosotros en la Eucaristía. Pero también está verdaderamente presente con nosotros en la Palabra de Dios (cfr. Jn. 1.1) a través de las lecturas de la Sagrada Escritura en la Liturgia de la Palabra.

En verdad, la Liturgia de la Palabra es comunión con la Palabra de Dios así como la Liturgia de la Eucaristía nos da también una comunión con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Así como Cristo viene a nosotros bajo la forma de pan y vino, Él viene también a nosotros en la Palabra proclamada de la Sagrada Escritura.

En la Liturgia de la Palabra, escuchamos la historia de nuestra salvación: todos los grandes eventos de la historia de salvación son contados y explicados a nosotros. Y en la Liturgia de la Eucaristía, por medio de nuestra comunión con Cristo en el pan y vino, nos unimos a esa historia de salvación.

Nuestras historias personales se vuelven parte de su historia, la historia de la salvación del mundo, que llega a su momento culminante en su muerte y resurrección y que Él nos pide recordar en la Misa.



La Palabra Camino

En nuestra celebración de la Liturgia de la Palabra antes de la Liturgia de la Eucaristía, estamos no solamente cumpliendo un mandato bíblico de Cristo sino también siguiendo su ejemplo. ¿Recuerda la historia del camino a Emaús en San Lucas (Lc. 24:18-35)? Dos de los discípulos de Jesús, caminando de Jerusalén al pueblo de Emaús, encuentran a Jesús pero no lo reconocieron por la tristeza y confusión que sienten por su muerte.

Mientras caminan, Cristo les interpreta las Escrituras, mostrándoles cómo Moisés y los profetas predijeron que todas estas cosas tenían que pasarle a Él.



Al llegar a Emaús, comparten una comida. Pero no es una comida ordinaria. Recuerden la escena cuidadosamente. Nótese que San Lucas muy deliberadamente usa las mismas palabras que usó en su narración de la Última Cena: En la mesa, Jesús tomó el pan...dio gracias...partió...y se lo dio (cfr. Lc. 22:14-20). Como dijimos en la primera lección, San Lucas está dando un retrato de la Eucaristía, la primera celebrada después de la resurrección. Pongan atención en los dos aspectos de la acción: proclamar la Palabra de Dios y partir el pan. Esto, lo tenemos que reconocer, es el esquema de la Misa.

Primero, los seguidores de Cristo escuchan la palabra de Dios interpretada a la luz del Evangelio (cfr. Lc. 24:27). Jesús explica cómo las Escrituras enseñan la verdad sobre Él, y cómo toda la historia de salvación conducía a los eventos que sus seguidores acababan de presenciar.

Esto es lo que pasa en nuestra Liturgia de la Palabra. Escuchamos las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, cuidadosamente escogidas por la Iglesia para iluminarse una a la otra. Vemos como las promesas del Antiguo Testamento se cumplen en el Nuevo, y como el Nuevo Testamento arroja luz a los misterios del Antiguo.

Con esta preparación, nos acercamos a la mesa de la Eucaristía. Y, en la fracción del pan, nos unimos con los verdaderos misterios de la historia de la salvación que escuchamos ser proclamados en la Liturgia de la Palabra.

Por esto, cada vez que se lee la Escritura en la Misa, hacemos una profesión de fe seguida por una acción de gracias: “Palabra de Dios. Te alabamos Señor.”

II. Inspirada por Dios No un libro cualquiera

Por eso, después de leer el evangelio, el sacerdote besa el libro; y antes de escucharlo, trazamos el signo de la cruz en la frente, los labios y sobre nuestros corazones, dándole gracias y gloria al Señor por estar con nosotros.

Estos no son gestos o ritos sin sentido. Hacemos estas cosas por una razón crucial: porque estamos recibiendo la Escritura como los primeros cristianos la recibieron—”no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como palabra de Dios” (1 Tes. 2:13). Por lo mismo las Escrituras siempre tienen un lugar de honor en nuestras iglesias. En muchas iglesias, el libro de los evangelios es decorado especialmente, se lleva en procesiones y se coloca en el centro del altar en la liturgia. Es el objeto central de la Liturgia de la Palabra y lo tratamos con el respeto que se debe a la Palabra de Dios.

Nuestro respeto para las Escrituras no es nada nuevo. Podemos ver el mismo respeto profundo en los autores del Nuevo Testamento Cuando vemos la palabra “Escrituras” en



el Nuevo Testamento, por supuesto, casi siempre se refiere a lo que nosotros ahora llamamos el Antiguo Testamento (cfr. Jn. 5:39 y Rom. 1:2).

Los judíos del tiempo de Jesús frecuentemente se referían a las Escrituras como “la Ley y los profetas” (Mt. 5:17)—lo que entendemos por Antiguo Testamento.

Jesús y sus discípulos, como todos los buenos israelitas de su tiempo, entendieron que estos libros o escritos eran muy especiales. Las Escrituras eran “los oráculos de Dios” (Rom. 3:2) o “profecías” (2 Pe. 1:19-20)—no en el sentido de predecir el futuro sino como mensajes de Dios.

“Toda Escritura es inspirada por Dios” escribe San Pablo (2 Tim. 3:16). La palabra griega que traducimos “inspirada” literalmente quiere decir “insuflada de Dios.” Y esto nos ayuda pensar en lo que es la inspiración divina de la Escritura.

Como Dios moldeó a Adán del polvo del suelo e insufló el aliento de vida en él (cfr. Gen. 2:7), y como el Espíritu Santo cubrió a la Virgen María con su sombra (cfr. Lc. 1:35), así Dios insufla su Espíritu en las palabras de la Escritura, llenándolas con sentido divino y poder que da vida.



Oráculos Inspirados por Dios

Es por esto que los autores del Nuevo Testamento a veces introducen citas del Antiguo Testamento con la frase: “como dice el Espíritu Santo” (cfr. Heb. 3:7; Hech. 1:16). La Escritura, dice el Apóstol Pedro, fue escrita por “hombres, movidos por el Espíritu Santo [que] han hablado de parte de Dios” (2 Pe. 1:21).

Cuando San Pedro y los otros autores del Nuevo Testamento escribieron y hablaron, estaban concientes que ellos también estaban respondiendo al Espíritu Santo, que estaban escribiendo bajo la influencia de Dios.

San Pablo escribió “según la sabiduría que le fue otorgada” por el Espíritu Santo, dijo San Pedro (2 Pe. 3:15-16). El propio San Pablo dijo, “hablamos, no con palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu” (1 Cor. 2:13).

Muchos de los escritos que tenemos del Nuevo Testamento fueron compuestos explícitamente para la lectura en el contexto de la celebración de la Eucaristía (cfr. 1 Cor. 1:2; 1 Tim. 1:1; Apoc. 1:11; Col. 4:16; 1 Tes. 5:27).



III. La Palabra en la Liturgia de Israel

El Lugar de la Escritura

Al juntar sus propias Escrituras con las del Antiguo Testamento en la celebración del sacrificio eucarístico, la Iglesia primitiva continuaba una tradición de Israel.

Ya que creían que era la comunicación de Dios a través de los hombres como instrumentos, la Escritura tuvo su lugar importante en la liturgia de los Israelitas. De hecho, ocupaba un lugar muy similar al de nuestra Liturgia de la Palabra.

Cuando Moisés recibió la Ley de Dios, él repitió al pueblo todo lo que Dios le había dicho. El pueblo respondió a “una sola voz” que harían todo lo que Dios le había dicho (cfr. Ex. 24:3). Después, le ofrecieron sacrificio a Dios, y, en efecto, recibieron comunión en la “sangre de la alianza” (cfr. Ex. 24:4-8).

Precisamente de la misma manera, después de escuchar la Palabra de Dios en nuestra Liturgia de la Palabra, profesamos nuestra fe “a una voz” en las palabras del Credo. Entonces, el sacerdote ofrece la Eucaristía, y se nos da comunión en la “sangre de la alianza” (Mc. 14:24), presente en el altar.

Mucho después en la historia de Israel, vemos el uso litúrgico de la Palabra de Dios en las reformas del Rey Josías.

Un sacerdote había encontrado el Libro de la Ley (los primeros cinco libros del Antiguo Testamento) que había sido escondido durante el reinado de un rey malvado (cfr. 2 Cro. 34:14-18).

El buen rey Josías mandó que se leyera el libro a la asamblea del pueblo e hizo votos en representación del pueblo de guardar todos los mandamientos contenidos en el (cfr. 2 Cro. 34: 29-32). Después de la lectura de la Palabra y la profesión de fe, otra vez vemos un sacrificio litúrgico (cfr. 2 Cro. 35: 1-19).



La Liturgia de la Sinagoga

Cuando Jerusalén fue destruida y el pueblo llevado al exilio en Babilonia (cfr. 2 Re. 25:8-12), ya no se pudo dar culto en el Templo. Entonces, los judíos se formaron en pequeñas congregaciones. Estas “sinagogas” (del griego que significa “asambleas”) continuaron después del regreso del pueblo a Jerusalén (cfr. Esd. 1:1-4). Sirvieron de convenientes lugares de reunión el día sábado.

Cuando los exiliados regresaron de Babilonia y reestablecieron el culto del verdadero Dios en Jerusalén, la lectura de la Sagrada Escritura constituyó el corazón de su culto (cfr. Neh. 8).

Y esto seguía siendo la práctica en el tiempo de Jesús. Podemos ver un buen retrato de la liturgia de la sinagoga en la primera parte del Evangelio según San Lucas, donde Jesús es invitado a leer la lección del día en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc. 4:16-22).

Jesús lee la lección de Isaías, y después la interpreta en un sermón (cfr. Lc. 4:23-27)—justo como lo hacemos hoy cuando escuchamos las lecturas y seguido un sermón interpretando las lecturas en nuestra Liturgia de la Palabra.

IV. La Palabra en la Liturgia de la Iglesia

La Escritura cumplida

La participación de Jesús en la liturgia de la sinagoga de Nazaret representa un punto clave en la historia de salvación.

En efecto, vemos el desarrollo de lo que la Carta de los Hebreos describió después: “habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Heb. 1:1)

Fíjense en lo que pasa en Nazaret. Jesús lee un pasaje escrito hace mucho tiempo a los antepasados de Israel por el profeta Isaías. Y no cualquier pasaje de Isaías sino el que habla de la promesa del Mesías que sería ungido por el Espíritu, libraría a los oprimidos, y daría vista a los ciegos.

Después de leer Isaías, Jesús dice, “Esta Escritura que acaban de oír [literalmente en sus oídos] se ha cumplido hoy” (Lc. 4:21).

Lo que Dios habló antes por los profetas, ahora estaba hablando el Hijo. En escuchar la Palabra del Hijo, todas las Escrituras Antiguas se cumplieron. Fíjense que Jesús dice que las promesas se cumplen “en sus oídos”, que quiere decir “en su presencia”.

Lo que Dios había hablado antes por los profetas, lo estaba ahora hablando el hijo. Al escuchar la Palabra del hijo, todas las escrituras antiguas se cumplieron, es decir, Dios está demostrando la veracidad de las promesas de la escritura fíjense que Jesús dice que las promesas de la escritura se cumplen “al oirlas”, es decir, en su presencia.

En Jesús, lo que se esperaba y se anticipaba, se ha realizado. Jesús, como enseñó a sus discípulos esa primera noche de Pascua, es Él mismo el cumplimiento de las Escrituras de Israel (Lc. 24:27,45).



Y la realidad de este cumplimiento es lo que experimentamos en la Liturgia de la Palabra durante la Misa. En ella, todas las promesas de la Antigua Alianza se cumplen “en nuestros oídos” mientras compartimos las bendiciones de la Nueva Alianza.

Nótense, también, que nuestras lecturas cada domingo siguen el esquema de la historia de la salvación, empezando con el Antiguo Testamento y enseñando que las promesas de tal lectura son cumplidas en el Nuevo Testamento de Jesús.

La Iglesia nos hace, en cada Eucaristía, re-leer y re-vivir los grandes eventos de nuestra salvación, salvación por la cual damos gracias en la Misa.

A veces, las conexiones entre las lecturas que escuchamos en la Misa son muy sutiles. Pero siempre existe una relación para revelar la unidad del plan divino de salvación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y cómo ese plan continúa en la Misa.

Para ilustrar este punto, tomemos un ejemplo de un domingo típico en “tiempo ordinario” (quiere decir, las semanas del calendario litúrgico que no están dentro de los tiempos de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua).

Veamos las lecturas del vigésimo primero domingo en Tiempo Ordinario en ciclo A. (Las lecturas dominicales siguen un ciclo de tres años A, B, C. El Evangelio de San Mateo se lee en Año A, el de San Marcos en Año B y el de San Lucas en Año C).

La lectura del Antiguo Testamento para el vigésimo primero domingo es una profecía de Isaías, en que el profeta promete “la llave de la casa de David” al nuevo mayordomo. Este será “un padre” para el pueblo de Israel y lo que abrirá nadie cerrará y lo que cerrará nadie abrirá (cfr. Is. 22:15, 19-23).

Al escuchar el evangelio de ese domingo, la promesa de Isaías se cumple.

El evangelio seleccionado por la Iglesia es aquel en que Jesús da “las llaves del reino” a San Pedro. Haciendo eco de Isaías, Jesús dice que lo que Pedro ata en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desata en la tierra quedará desatado en el cielo (cfr. Mt. 16:13-20).

En la liturgia, la Iglesia nos muestra que es San Pedro de quien hablaba Isaías, uno que iba a gobernar el reino del Hijo de David—la Iglesia. Si escuchamos atentamente, vamos a poder ver estas conexiones cada domingo. (Para más ayuda en encontrar estas conexiones cada semana, ver nuestros “Estudios Bíblicos Dominicales”).



Encontrando a Cristo en la Escritura

Sin embargo, los católicos no vienen a la Misa para un estudio bíblico.

La Liturgia de la Palabra no es sencillamente una lección en la historia o un pretexto para sacar una enseñanza ética y moral de la Escritura.

En la Misa, mediante las lecturas, el Señor está con nosotros verdaderamente, llamándonos a renovar nuestra alianza con Él, la alianza a la que entramos por nuestro bautismo.

Nuestra Liturgia de la Palabra continua una larga tradición que viene del tiempo de Moisés, pero hoy con el conocimiento de que Cristo está con nosotros.

Del Antiguo Testamento al Nuevo y hasta hoy, el pueblo de Dios siempre ha tenido reverencia de la Escritura como Palabra Viva y Poderosa de Dios.

Desde Moisés, la Palabra de Dios la encontramos en una celebración liturgicá, cómo punto central de nuestro culto público. Así, aprendemos no solamente lo que Dios nos dice sino también cómo la Palabra de Dios está viva y sigue obrando en nuestro mundo hoy.

Los cristianos reconocen que la Palabra de Dios “se hizo carne y puso su Morada entre nosotros” (Jn. 1:14) en la persona de Jesucristo.

Cuando nos encontramos con la Palabra en la Liturgia de la Palabra, entonces, estamos haciendo más que escuchar la historia de nuestra fe y la sabiduría de sus maestros. Verdaderamente, nos encontramos con el mismo Cristo.

Es por esto que tenemos una gran reverencia para la Palabra de Dios en nuestra Liturgia de la Palabra. La empastamos en libros que son obras de arte; la llevamos en procesiones con cirios e incienso; la proclamamos en voz alta y claramente delante de la asamblea entera; la meditamos y escuchamos su interpretación por la sabiduría de la Iglesia.

Hacemos todo esto porque sabemos que nos encontramos con Cristo, la Palabra que “estaba en el principio junto a Dios” (Jn. 1:2).

Es este encuentro con la Palabra en la Escritura que nos prepara para el milagro de la Eucaristía, donde nos encontramos “cara a cara” con la Palabra hecha carne.

En la Palabra proclamada en la Misa, nosotros re-vivimos el misterio de la salvación. También, en el pan y vino consagrados en el altar, entramos en ese misterio.

Dios se dirige a nosotros en la Liturgia de la Palabra, diciéndonos todo lo que Él ha hecho para nuestra salvación desde el inicio del mundo.

Toda esa historia de salvación nos conduce a la participación en la Nueva Alianza, recordada y re-presentada en cada Misa.

En la Eucaristía, en el momento en que el pan y vino se consagran usando las palabras de Jesús, la liturgia nos entrega aquí y ahora, todo lo que fue prometido en las sagradas



páginas de la Biblia. Mediante la liturgia, tomamos nuestro puesto en la historia de la salvación.



Preguntas para reflexión

- ¿Por qué se puede decir que hay un encuentro con Jesús en la Liturgia de la Palabra y también en la Liturgia Eucarística?
- ¿Qué paralelismo hay entre la historia de San Lucas de los discípulos en camino a Emaús y nuestra liturgia cristiana?
- ¿Qué paralelismo existe entre la proclamación de la Ley por Moisés y nuestra liturgia cristiana?
- ¿Cuál fue el cambio fundamental de perspectiva que ocurrió cuando Jesús dijo en la sinagoga, “Esta Escritura que acaban de oír se ha cumplido hoy”?
- ¿Por qué creían San Pedro y San Pablo que sus escritos eran diferentes que otros escritos?
- ¿Dónde o en qué contexto escucharon los primeros cristianos muchas de las cartas de los Apóstoles por primera vez?



Para la meditación personal:

- ¿Recordamos siempre que estamos encontrándonos con Cristo al escuchar la Palabra de Dios proclamada en la Misa? ¿Cómo podríamos mostrar nuestro amor y reverencia a la Palabra?



Lección 5

El cielo en la tierra: la Liturgia de la Eucaristía

OBJETIVOS DE LA LECCIÓN

- Entender las profundas bases bíblicas de la Liturgia de la Eucaristía.
- Ver cómo el libro de Apocalipsis describe la liturgia celestial.
- Entender cómo la Misa que celebramos en la tierra es una participación de la liturgia celestial.

LECTURAS:

- La Cena del Cordero, Tercera Parte, Capítulo Uno: “Levantando el Velo. Cómo ver lo invisible”
- Isaías 6:3
- Apocalipsis 4:8; 1:10; 3:20; 19:9
- Hebreos 12:22-24

ESQUEMA DE LA LECCIÓN

I. La Biblia en acción

- Levantemos el corazón
- La Biblia culmina en la Misa
- Lo que creemos

II. La Liturgia Celestial

- En el Espíritu
- La Misa revelada en Apocalipsis

III: El Culto en la Nueva Jerusalén

- Con los ángeles y santos
- Orar la historia de la salvación
- En conmemoración de Él

IV. Preguntas para reflexión



I. La Biblia en acción

Levantemos el corazón

Escuchamos estas palabras en un punto cumbre de la Misa, al inicio de la plegaria eucarística.

En la Escritura, la exhortación de “levantar” frecuentemente está relacionada con ofrecerse a Dios en oración (cfr. Sal. 25:1-2; Sal. 134:2).

El único lugar en que hallamos la expresión específica “levantar nuestros corazones” es en una súplica por la misericordia y presencia de Dios, combinada con un voto de volver a Él y servirle (cfr. Lam. 2:19; 3:41).

La exhortación “levantemos el corazón” podría haber sido parte de la celebración primitiva de la Eucaristía. Cuando hablamos de “levantar” el corazón es con un sentido de realismo, no solamente una expresión o frase hecha. Nuestros corazones de verdad van a otro lugar. Levantamos nuestros corazones al cielo, juntando nuestras oraciones de alabanza y acción de gracias con las de los ángeles en el cielo.

Nuestros pies están en la tierra, específicamente plantados en un templo parroquial. Sin embargo, por la Misa entramos en el mismo cielo. Tomamos nuestra parte en la adoración incesante de los ángeles y santos en el cielo. Nuestra liturgia en la tierra es parte de la eterna liturgia celestial. La Misa, en otras palabras, es el cielo en la tierra.

Pero antes que vayamos al cielo, debemos recordar cómo la Misa nos ha llevado hasta este punto.



La Biblia culmina en la Misa

A este punto en nuestro estudio, hemos visto como la Biblia y la Misa son hechas la una para la otra. El “destino” de toda la Escritura apunta a la Misa. Hemos visto que la Misa es la Biblia en acción porque ante nuestros ojos las verdades salvíficas de la Escritura “se actualizan” o sea se hacen reales y actuales. Como hemos visto, mucho de la oración y el culto de la Misa es tomado directamente de la Escritura o tiene la intención de evocar para nosotros los eventos de la historia de salvación que se narra en ella.

Por supuesto, en la Liturgia de la Palabra, tomada de la Escritura, realmente escuchamos la Palabra de Dios. De hecho, como hemos visto, la Misa es el ambiente natural de la Escritura. El “canon” de la Escritura es, en primer lugar, el listado de libros que las autoridades de la Iglesia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, autorizaron para la lectura pública en la liturgia.



Cuando las Escrituras son proclamadas en la Iglesia, Dios mismo nos habla y Cristo está presente. Él nos dice, por medio de las escrituras dominicales, cómo se desarrolla en la historia el plan divino de nuestra salvación que nos conduce a la mesa de la Eucaristía.

Siguiendo la Palabra de Dios, profesamos nuestra fe “a una voz” en las palabras del Credo. Hay un precedente bíblico para esta práctica en la Misa. En el Antiguo Testamento, una profesión de fe frecuentemente sigue a una proclamación de una lectura. Cuando Dios habla, se requiere una respuesta. La respuesta que Dios desea es nuestro voto de fe y obediencia.

Cuando Moisés le dio la Ley a los israelitas, se esperaba que ellos contestaran. Y respondieron, “Cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor” (Ex. 24:3).

Cuando los sacerdotes redescubrieron el libro de la Ley en el reinado de Josías, el rey ordenó que se leyera en la presencia del pueblo. Otra vez vemos que la lectura de las Escrituras se entendió como una llamada al pueblo—una llamada que exige una respuesta. Por esto, después de escuchar la Palabra, el rey como representante del pueblo, hizo una alianza con Dios, con el compromiso de “guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus preceptos, con todo su corazón y con toda su alma” (cfr. 2 Cro. 34:29-32; Neh. 9).



Lo que creemos

Hacemos lo mismo en la Misa. Escuchamos la Palabra de Dios—comunicada por Cristo que está en medio de nosotros—y respondemos a la historia de salvación proclamada en las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento. Y esa respuesta se hace recitando el Credo.

No es solamente una recitación de los artículos de fe. Cuando decimos, “Creemos...” estamos diciendo lo que los israelitas dijeron, y que el Rey Josías dijo, que estamos preparados a guardar los mandamientos de Dios y vivir de una manera de acuerdo con las palabras que hemos escuchado en las lecturas de la Escritura de la Misa.

Hay algo más en cuanto al Credo: es un esquema de la historia bíblica. En el Credo, repetimos la historia de la salvación, desde la creación del cielo y la tierra hasta la Encarnación, Crucifixión, Resurrección, Ascensión y hasta el Juicio Final al fin de los tiempos.

Y casi cada palabra que profesamos en el Credo es sacada directamente de la Escritura.

Podemos dar unos ejemplos:

Creemos en “un solo Dios, Padre” (cfr. 1 Cor. 8; Ef. 4:6); y en su “Hijo único” (cfr. Jn. 3:16); “por quien todo fue hecho” (cfr. Col. 1:16).



“Por nosotros” fue crucificado (cfr. 2 Cor. 5:21); y “de nuevo vendrá... para juzgar a vivos y muertos” (cfr. Hech. 10:42), y “su reino no tendrá fin” (cfr. Lc. 1:33).

Confesamos “un solo bautismo” (cfr. Ef. 4:5) y “la vida del mundo futuro” (cfr. Jn. 6:51).

Después de nuestra profesión de fe, oramos unos por los otros y por los necesitados, otra práctica de la Misa que sigue el ejemplo del Nuevo Testamento (cfr. Sant. 5:16; 1 Tes. 1:2; Col. 1:9).

II. La Liturgia Celestial

En el Espíritu

La historia que nos narra la Biblia en las lecturas dominicales de la Misa y resumidas en el Credo se cumple en la Eucaristía.

Toda la historia recordada en la Escritura, todo lo que se revela sobre “un solo Dios” y su “Hijo único” nos conduce al momento de comunión con Dios por medio de la “fracción del pan” (cfr. Lc. 24:35).

En la liturgia de la Eucaristía, vemos el cumplimiento de la historia de la Biblia frente a nosotros en el altar.

“Levantamos nuestro corazón” a Dios y quedamos “bajo el poder del Espíritu” y llevados a la liturgia incesante del cielo (cfr. Apoc. 4:2).

Esto es lo que nos revela el Apóstol Juan en el último libro de la Biblia. De hecho, es la Misa que explica el sentido de las visiones y los símbolos que son tan misteriosos y hasta espantosos a veces.

Lo que se revela a San Juan es que la Misa que celebramos en la tierra es una participación en la liturgia celestial.

La visión de San Juan empieza “el día del Señor,”—el domingo (cfr. Apoc. 1:10)—como la Iglesia primitiva llamaba al primer día de la semana cuando celebraban “la fracción del pan” (cfr. Hech. 20:7; Lc. 24:1).

San Juan estuvo “en el espíritu” [o “bajo el poder del espíritu”] el día del Señor. En otras palabras, es posible que estaba celebrando la misma Eucaristía cuando recibió la visión y así fue llevado al cielo.

San Juan ve las mismas cosas que vemos cuando estamos en la Misa.

Ve un altar (cfr. Apoc. 8:3); candelabros (1:12); incienso (5:8); sacerdotes (*presbyteroi*) con vestiduras blancas (4:4). Y ve pan o maná (2:17), y copas o cálices de sangre (capítulo 16). Ve a santos y ángeles cantando “Santo, Santo, Santo” (4:8), entonando un himno a la



gloria de Dios, el rey celestial (15:3) y diciendo “Aleluya” (19:1,3,6) y haciendo la señal de la cruz en la frente (14:1).

Hay lecturas de la Escritura (capítulos 2-3) y finalmente, “el banquete de bodas del Cordero” (19:9).



La Misa revelada en el Apocalipsis

De hecho, hay más ejemplos de semejanzas entre el libro de Apocalipsis y la Misa.

El mismo libro fue escrito para ser proclamado en la liturgia (cfr. Apoc. 1:3). Además, el libro es dividido en dos partes que corresponden más o menos a la Liturgia de la Palabra y a la Liturgia de la Eucaristía como la celebramos en la Misa.

Los primeros once capítulos tratan de la lectura de cartas que deben de ser escritas en un pergamino por San Juan “el cual ha atestiguado la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo: todo lo que vio” fue dictado por alguien, descrito “como un Hijo de hombre” (cfr. Apoc. 1:2, 11-13).

El sujeto que es llamado “como un Hijo de hombre” es Jesucristo, que se autonabraba frecuentemente como el “Hijo de hombre” (cfr. Mt. 25:31, Mc. 8:31, Lc. 12:8, Jn. 3:13). Esa imagen también nos recuerda la visión del profeta Daniel, que vio que venía “uno como un Hijo de hombre” sobre las nubes del cielo, quien recibió un “poder eterno” de Dios (cfr. Dan. 7:13-14).

El Apocalipsis identifica a Jesús exactamente “su nombre es: La Palabra de Dios” (Apoc. 19:13).

San Juan es el autor humano de esta parte de la Biblia. Pero como toda Escritura, tiene un autor divino, la Palabra de Dios.

Es significativo que los primeros tres capítulos de Apocalipsis comiencen como la Misa, con un tipo de rito penitencial. Jesús ocupa la palabra “arrepentimiento” ocho veces en las siete cartas (cfr. Apoc. 2:16).

Cuando la Palabra de Dios ha sido proclamada, el Hijo declara: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Apoc. 3:20).

Con esta invitación a cenar con Cristo mismo, pasamos de la Liturgia de la Palabra celestial, al banquete de la Eucaristía celestial. Como en la Misa, la “liturgia de la Palabra” del Apocalipsis nos prepara a recibir al Cordero de Dios. Todos los que tienen oídos para oír saben que Jesús mismo les dará el “maná escondido.”



Hay una referencia al “pan celestial” que Dios dio a Israel como comida de su peregrinación en el Éxodo (cfr. Sal. 78:23-25). Pero este pan celestial era una figura del pan que Cristo vino a dar—su propio cuerpo, dado por la vida del mundo (cfr. Jn. 6:32-33; 49-51).

Este es el pan cotidiano que Él nos enseñó a pedir en la oración que rezamos en cada Misa y que consideraremos en detalle en la próxima lección.

La segunda parte del Apocalipsis empieza con el capítulo 11, cuando se abre el santuario de Dios en el cielo, y termina con el deprime de, y con el banquete de bodas del Cordero, una imagen extraordinaria de la Liturgia de la Eucaristía.

III. Culto en la Nueva Jerusalén

Con los ángeles y santos

Se invita a San Juan “sube acá” (Apoc. 4:1). Nosotros estamos invitados a subir hasta el cielo también, levantando nuestros corazones, al inicio de la Liturgia de la Eucaristía.

Cuando levantamos nuestros corazones, nos invitan a cantar “con los ángeles y los santos.”

Esto no es simplemente una expresión de un fino sentimiento. Como en todo lo demás en la Misa, funciona aquí un “realismo sacramental”.

En este punto de la Misa, juntamos en una manera misteriosa nuestro canto al que San Juan—y antes que él, el profeta Isaías—escuchó en el cielo: “Santo, Santo, Santo...” (cfr. Apoc. 4:8; Is. 6:3).

La segunda parte de nuestro canto (“Bendito él que viene...”) es del salmo que los peregrinos a Jerusalén cantaban en Pascua. También era el salmo que cantaban los que se encontraban presentes durante la entrada triunfal de Cristo a Jerusalén (cfr. Mc. 11:10; Sal. 118:26).

Las palabras bíblicas nos orientan acerca de lo que pasa en la Misa. Estamos juntos alrededor del altar—no solamente el altar terrenal sino el celestial también. Hemos llegado al monte Sión, la nueva Jerusalén celestial.

Esto es lo que San Juan vio—”el Cordero en pie sobre el monte Sión” (Apoc. 14:1).

La Carta a los Hebreos (cfr. Heb. 12:22-24) también habla de la celebración eucarística terrenal como entrada y participación en la liturgia celestial en la Nueva Jerusalén.

En la Misa, dice Hebreos, nos acercamos al “monte Sión, ciudad de Dios vivo, la Jerusalén celestial.” Además, allá, nos juntamos con “miríadas de ángeles”, con la “asamblea de los primogénitos”, y con Jesús, “mediador de una nueva alianza y de la aspersion purificadora de una sangre” en una “reunión festiva” o “banquete”.

Este pasaje está lleno de referencias y alusiones bíblicas. Es interesante notar que la palabra para “asamblea” en griego es ekklesia—la palabra de donde viene “iglesia”.

También es de notar las similitudes entre la descripción de la Misa según Hebreos y según el Apocalipsis de Juan. En ambos libros vemos una nueva Jerusalén, un nuevo monte Sión, la morada del Señor (cfr. Sal. 132:13-14). En ambos se ven los ángeles y a Jesús como el cordero cuya sangre quita el pecado del mundo. En ambos vemos una fiesta de los “primogénitos” o “primicias” de los que creen en Jesús (cfr. Apoc. 14:4). Y en los dos



se entiende que esta fiesta en el templo del cielo es señal de la nueva alianza hecha en la sangre de Jesús (cfr. Apoc. 11:19).

Lo que estas Escrituras nos enseñan es que la Misa es la cumbre de la historia de la salvación que narra la Biblia.

Y esto es exactamente lo que las oraciones de la Misa nos dicen.



Orar la historia de la salvación

La Plegaria Eucarística de la Misa es una oración de acción de gracias en que las ofrendas del altar—pan y vino, y todas las obras de nuestras manos y mentes—son santificadas por el poder del Espíritu. Como todo en la Misa, las plegarias son oraciones bíblicas, con lenguaje bíblico, que resumen la historia de la Biblia.

Pero son mucho más que oraciones bíblicas. Las plegarias cuentan la historia de salvación, y nos hacen parte de esa historia, por el cambio sacramental del pan y vino en el cuerpo y sangre de Cristo.

Los varios prefacios de las plegarias eucarísticas nos recuerdan entera la historia de la Biblia, mostrándonos siempre cómo el plan completo de la salvación llegó a su cumbre con la muerte y la resurrección de Jesucristo, lo que conmemoramos en la Misa.

“Manifestaste admirablemente tu poder” oramos en el Prefacio Dominical III, uno de varias opciones para las misas celebradas fuera de los tiempos de Cuaresma, Pascua, Adviento y Navidad.

Este prefacio traza el plan amoroso de Dios, resumiendo en dos líneas toda la Biblia: “al prever el remedio en la misma debilidad humana, y así, de lo que fue causa de nuestra ruina hiciste el principio de nuestra salvación.”

Otro prefacio del tiempo ordinario (VIII) nos da un resumen de la historia de la salvación que termina con la Iglesia y la liturgia:

Pues quisiste reunir de nuevo

por la sangre de tu Hijo y la acción del Espíritu Santo,

a los hijos dispersos por el pecado;

y de este modo tu Iglesia,

unificada a imagen de tu unidad trinitaria,

aparece ante el mundo como cuerpo de Cristo y templo del Espíritu...



La Cuarta Plegaria Eucarística nos da la completa historia del mundo, empezando con la creación del hombre y de la mujer a imagen de Dios y cómo perdieron la amistad con Él por la desobediencia. La oración continua trazando la historia del Antiguo Testamento—“para que te encuentre el que te busca... reiteraste tu alianza a los hombres.” Se reza: “Al cumplirse la plenitud de los tiempos Dios envió a su único Hijo”.

El punto culminante de la historia de la salvación presentada en las plegarias eucarísticas—y en la misma Biblia—es la Última Cena.



En conmemoración de Él

Como señalamos en nuestra primera lección, las palabras de consagración de la Plegaria Eucarística son tomadas directamente de las narraciones bíblicas de la Última Cena, como San Pablo recuerda (cfr. 1 Cor. 11:23-29; Mt. 26:26-29; Mc. 14:22-25; Lc. 22:15-20).

La Iglesia, en la Eucaristía, cumple el mandato de Cristo, escrito en las Escrituras, “Haced esto en conmemoración mía.”

En este punto de la Plegaria Eucarística es muy significativo que el sacerdote ocupe las palabras exactas de la Escritura “Esto es mi cuerpo...” y “Este es el cáliz de mi sangre...”

¿Porque es esto tan significativo? Porque, como hemos señalado en nuestra primera lección, solamente la Palabra de Dios puede “hacer” lo que Jesús ha mandado: transformar el pan y el vino en su cuerpo y sangre. Nuestro culto puede ser transformador porque la Palabra bíblica que escuchamos no es “palabra de hombre sino... palabra de Dios” (1 Tes. 2:13).

Solamente la Palabra de Dios tiene el poder de cumplir lo que promete. Tiene el poder de hacernos entrar en comunión con la verdadera y viva presencia de Jesús. Solamente el sagrado discurso de Dios puede hacer la divina acción de transformar pan y vino en el cuerpo y sangre de nuestro Señor. Solamente el sagrado discurso de Dios puede ofrecernos comunión con el Dios vivo.

En la Misa, respondemos al gran misterio de nuestra fe en palabras de la Escritura. Las aclamaciones memoriales (“Anunciamos tu muerte”) son oraciones bíblicas. Con San Pablo decimos “Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte Señor, hasta que vuelvas” (cfr. 1 Cor. 11:26).



Preguntas para reflexión

- Menciona dos o tres ejemplos de cómo el Credo cita o refiere pasajes de la Biblia.



- ¿Cuál es el “precedente bíblico” para la profesión de fe después de oír la Palabra de Dios?
- ¿Cuando “levantamos nuestro corazón” en la Misa, adonde estamos levantándolo?
- Proporciona algunos ejemplos de cómo el Libro de Apocalipsis revela la liturgia celestial.
- ¿Cuál es la función de las plegarias eucarísticas y los prefacios de la Santa Misa?
- ¿Cuál es la cumbre de la historia de la salvación, según es recordada y resumida en las plegarias eucarísticas?



Para meditación personal:

- ¿Escuchamos con suficiente atención las palabras de la Santa Misa? ¿Reconocemos la historia de nuestro pecado y nuestra redención en el prefacio? ¿Recordamos la historia de nuestra salvación en la plegaria eucarística?

Lección 6

Memoria y presencia: comuni3n como la venida de Cristo

OBJETIVOS DE LA LECCI3N

- Entender el profundo fundamento b3blico del mandato de Jes3s que la Eucarist3a fuera celebrada “en conmemoraci3n m3a.”
- Ver c3mo la Escritura presenta a Jes3s como el Cordero Pascual y c3mo ese retrato es reflejado tambi3n en la Misa.
- Entender la Eucarist3a como parus3a, la “venida” de Cristo, y como el pan de cada d3a por el cual pedimos en el Padre Nuestro.

LECTURAS:

- La Cena del Cordero, Tercera Parte: Cap3tulos II, III, y IV
- San Lucas 22:19
- 1 Corintios 5:7; 11:24, 26, 27-32
- 3xodo 12
- Deuteronomio 5: 1-4, 15, 23, 25; 6:20-25
- San Juan 6:4; 35-59

ESQUEMA DE LA LECCI3N

I. En la 3ltima Cena

- Conmemorando su muerte
- Recordando su alianza

II. La fiesta memorial

- La Pascua recordada
- El nuevo 3xodo
- Cristo, nuestro cordero pascual

III: En la Cena del Cordero

- Danos hoy nuestro pan de cada d3a
- Hasta que vuelvas
- Participaci3n en su cuerpo y sangre

IV. Preguntas para reflexi3n



I. La Última Cena

Conmemorando su muerte

En la lección anterior habíamos llegado al punto culminante de la Misa—la Plegaria Eucarística.

La Plegaria Eucarística es una oración de conmemoración, y así es toda la Misa.

Como vimos en los ejemplos de la última lección, las varias plegarias eucarísticas recuerdan los grandes eventos en la historia de la salvación. Se presentan estos grandes eventos como anticipaciones de la cumbre de la historia de la salvación, la institución de la Eucaristía en la Última Cena.

Las plegarias eucarísticas son marcadas por expresiones como “Memento, Domine” (“Recuerda, Señor”).

En la primera plegaria eucarística, la más antigua, pedimos a Dios recordar a los vivos y difuntos, mencionamos por nombre unos santos y mártires, y también se hace referencia a los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec. En las palabras de la plegaria, “celebramos la memoria de Cristo”, especialmente su pasión, resurrección y ascensión.

En las Plegarias Eucarísticas, la Misa es claramente “el memorial de nuestra redención” (Plegaria IV) en que celebramos “el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo” (Plegaria III), vivimos de nuevo “el memorial de su muerte y resurrección” (Plegaria II).

Pero palabras como “memorial” y “conmemoración”, como las usamos normalmente, no expresan todo lo que pasa en la Eucaristía. No pueden traducir adecuadamente lo que Jesús quería comunicar cuando mandó: “Haced esto en conmemoración mía” (cfr. Lc. 22:19; 1 Cor. 11:24).



Recordar su Alianza

Este mandato, anunciado en la Última Cena, es una referencia a una parte muy antigua de la tradición bíblica.

Acordarse es un tema clave en el Antiguo Testamento. A veces cuando encontramos la palabra “acordarse” en la Escritura, quiere decir sencillamente, “no olvides”.

Sin embargo, cuando se refiere al “acordarse” de Dios la palabra tiene mucho más sentido.

Por ejemplo, después del diluvio, Dios promete, “me acordaré de la alianza” y “no habrá más aguas diluviales para exterminar la vida” (Gen. 9:15-16). [Nota: la distinción que quiere explicar el autor no se ve en todas las traducciones de la biblia.]

No es como que Dios olvidara su alianza. Aquí y en otras partes del Antiguo Testamento, cuando Dios “se acuerda”, significa que Él está actuando para cumplir su voluntad, contestando a oraciones, perdonando, salvando y bendiciendo a su pueblo (cfr. Gen. 30:22; 1 Sam. 1:19; Sal. 98:3; 105:42).

Es el mismo sentido cuando rezamos en la misa, “Acuérdate Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra” (Plegaria II).

No estamos diciendo que Dios se ha olvidado de su Iglesia. Estamos pidiendo su bendición, y la continuación de su actividad salvadora en nuestras vidas.

En el Antiguo Testamento, el ejemplo más dramático de este “acordarse” es cuando Dios “se acuerda” de su alianza con Abraham y llama a Moisés a liberar a su pueblo escogido de la esclavitud en Egipto (cfr. Ex. 2:24; 6:5; Lev. 26: 42,45).

II. La fiesta memorial

La Pascua recordada

Dios mandó a Israel conmemorar esta liberación nacional en una “fiesta” que sería “como ley perpetua” (cfr. Ex. 12:14,17).

Jesús celebró esta fiesta, la Pascua, la noche de su Última Cena, cuando Él instituyó la Eucaristía como el memorial de su sufrimiento y muerte.

La Pascua que Dios mandó celebrar a Israel por medio de Moisés, sería una celebración anual de acción de gracias que recordara las acciones salvadoras de Dios e inspirara al pueblo a guardar sus mandamientos (cfr. Ex. 13:3, 8; Deut. 6:20-26; 16:3).

El culto de Israel, no solamente en la Pascua, sino también en las otras fiestas y oraciones de costumbre, instituidas por Dios mediante Moisés, era una liturgia de memoria ritualizada.

¿Qué se recordaba? La salvífica intervención de Dios en la historia—especialmente en Éxodo—y su Alianza con Israel. El memorial consistía en la lectura o narración de los hechos salvíficos de Dios y el ofrecimiento de sacrificios.

Israel entendió que por medio de estos ritos memoriales el pueblo se hacía partícipe de la Alianza que Dios había hecho con sus antepasados muchos siglos anteriores.



Vemos esto muy claramente en el rito de la renovación de la Alianza que el Libro de Deuteronomio narra. Moisés explica que en este rito memorial, la Alianza original del monte Sinaí es “actualizada” en medio de ellos.

“No con nuestros padres concluyó Yahvé esta alianza, sino con nosotros que estamos hoy aquí, todos vivos. Cara a cara les habló Yahvé en la montaña, de en medio del fuego. Yo estaba entre Yahvé y ustedes para comunicarles la palabra de Yahvé, ya que ustedes tenían miedo del fuego y no subieron a la montaña...” (cfr. Deut. 5:1-4).

Moisés recuerda una serie de eventos que pasaron en el monte Sinaí durante la primera generación después del Éxodo (cfr. Ex. 19-20). Sin embargo, él está describiéndolos como si los israelitas en la asamblea fueran testigos y participantes de los mismos eventos.

Se nota el énfasis que pone en el momento actual, “con nosotros que estamos hoy aquí, todos vivos.” Aunque la Alianza se había hecho hace mucho tiempo en el Sinaí, está presente en medio de ellos.

En acordarse de la Alianza, no están recordando unos eventos del pasado. Por medio del poder de Dios se hacen contemporáneos de estos eventos que son actuales, no pasados. Al acordarse de la Alianza, se hacen herederos de la Alianza, integrados en la familia de Dios que es creada por ella.

En cada celebración de la Pascua, hombres y mujeres de cada generación recuerdan el día que ellos mismos salieron de Egipto (cfr. Deut. 16:3). Ellos participan personalmente en el éxodo. Cada israelita, hasta el día de hoy, habla del éxodo en la primera persona: “Ese día explicarás a tu hijo: ‘Esto es lo que Yahvé hizo por mí cuando salí de Egipto.’”



El nuevo Éxodo

El mandamiento de Jesús en la Última Cena tuvo esta resonancia tan profunda de la Pascua del Antiguo Testamento.

Él quiso instituir un nuevo memorial pascual, para recordar su propio “éxodo”, la salvación ganada por su vida, muerte y resurrección, en el cual todos los pueblos y todas las generaciones son liberados del pecado y de la muerte. (cfr. Lc. 9:31).

Jesús no estaba ofreciendo un recuerdo nostálgico de su Última Cena o de sus últimas horas en la tierra cuando instituyó este memorial nuevo. Como la fiesta de Pascua de los judíos, el rito memorial sería la re-presentación y la actualización de los hechos maravillosos de Dios.

En la Eucaristía, el sacrificio de la cruz, que fue una vez para siempre, se hace presente. Dios “se acuerda” y renueva la Alianza que fue sellada en la sangre de Cristo (cfr. Lc.



22:20) y nosotros que estamos orando este memorial nos hacemos partícipes del poder y las promesas de esa Alianza.

Lo que Moisés le dijo a los israelitas sobre la Alianza y Sinaí sirven para nosotros: No con nuestros padres —los apóstoles en el Cenáculo—concluyó Jesús esta nueva Alianza. La concluyó con todos nosotros vivos hoy aquí. El Señor nos habló cara a cara cuando dijo, “Tomad y comed... Esto es mi cuerpo... Tomad y bebed... Este es el cáliz de mi sangre... haced esto en conmemoración mía.”



Cristo, nuestro cordero pascual

Como la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor, narramos estas palabras de institución, como Jesús las dijo en la Última Cena.

Pero, ¿qué quieren decir, exactamente?

Hay que recordar que Jesús habló en el contexto del rito de la Pascua de los judíos. La cena pascual prescrita por Moisés era comer un cordero sin mancha con pan sin levadura y hierbas amargas, con la narración de la explicación del sentido de la fiesta (cfr. Ex. 12:8-11, 24-27). Después los judíos agregaron a la fiesta el cantar salmos y beber una copa de vino.

En las narraciones de la Última Cena, se mencionan el pan sin levadura y el vino (cfr. Mt. 26:26-27; Mc. 14:22-23; Lc. 22:19-20) y también lo de cantar salmos (cfr. Mt. 26:30; Mc. 14:26).

Aunque no se dice nada del cordero pascual.

Parece que Jesús se presenta como el mismo cordero pascual, cuya carne y sangre se consumirán en conmemoración de la salvación del Señor. Esto es como el Evangelio de San Juan retrata a Jesús.

San Juan es el único evangelista que no narra la institución de la Eucaristía en la Última Cena.

Desde los primeros versículos de su evangelio, San Juan identifica a Jesús como el “Cordero de Dios” (Jn. 1:29). Al final del evangelio, San Juan sutilmente identifica a Jesús como el cordero pascual:

Cuando Cristo fue condenado por Poncio Pilato, San Juan dice, “Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta” (Jn. 19:14) ¿Por qué nos da este detalle? Porque esa era la hora en que los sacerdotes de Israel sacrificaban los corderos para la cena pascual.

Mientras cuelga en la cruz, los soldados le dan a Jesús una esponja empapada con vino. “Lo sujetaron en una rama de hisopo... y se la acercaron a su boca.” Es el mismo tipo de rama con que los israelitas fueron ordenados a untar el dintel de la puerta de la casa con la sangre del cordero pascual (cfr. Jn. 19:29; Ex. 12:22).

¿Y por qué los soldados no quiebran las piernas de Jesús en la cruz (cfr. Jn. 19:33,36)? San Juan cita a Moisés y explica que los huesos del cordero pascual tampoco se quiebran (cfr. Ex. 12:46; Num. 9:12; Sal. 34:21).

Podemos profundizar este punto con referencia a un largo sermón que Jesús predicó en la sinagoga en Cafarnaún cerca del tiempo de Pascua (cfr. Jn. 6:4, 35-59).

Jesús parece compararse con el cordero pascual de cuya carne se come, y el maná con que Dios les alimentó a los israelitas en el desierto.

Él insiste en hablar de comer y beber su carne y sangre en palabras muy literales. Cuatro veces Él usa la palabra en griego, *trogein*, que es literalmente “masticar” (cfr. Jn. 6:54, 56, 57, 58).

La audiencia original, que incluía muchos de sus primeros discípulos, fue escandalizada por la insistencia de comer su carne y beber su sangre (cfr. Jn. 6:52,61,66).

III. En la Cena del Cordero

Dándonos nuestro pan de cada día

De estos textos podemos entender la tradición apostólica que nos indican que Cristo es “nuestro cordero pascual” (cfr. 1 Cor. 5:7) cuya sangre fue derramada por nuestra salvación y cuya carne y sangre comemos y bebemos en conmemoración de ese acto salvífico.

Profesamos esta fe en cada Misa, haciendo nuestras las palabras de la Escritura.

El sacerdote presenta nos el pan consagrado con las palabras de San Juan el Bautista, “He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29).

Seguido el sacerdote cita las palabras de Apocalipsis que se refieren al banquete de bodas del Cordero, “Dichosos los invitados...” (Apoc. 19:9).

Como estudiamos en la Lección 5, en la Eucaristía estamos unidos a una liturgia cósmica, descrita en Apocalipsis como un celestial banquete de bodas.

Como es debido en una fiesta de bodas, empezamos el Rito de la Comunión recitando la oración de la familia que Jesús nos enseñó (cfr. Mt. 6:9-13; Lc. 11:24).

En el contexto de la Misa, las peticiones del Padre Nuestro asumen un sentido más profundo. Podríamos decir que la Misa cumple el Padre Nuestro palabra por palabra.

En la Misa, santificamos o glorificamos su nombre. Pedimos que nos perdone nuestras ofensas. La Señal de la Paz simboliza nuestro perdón a los que nos han ofendido y ofrecemos un gesto de reconciliación antes de acercarnos al altar (cfr. Mt. 5:23-24; Jn. 14:27).

También en la Misa, el Padre nos da nuestro pan de cada día. De hecho la palabra *epiousios* que se traduce “de cada día”, solamente se halla en el Padre Nuestro. Su sentido exacto ha confundido a traductores y eruditos por más que 20 siglos.

Es interesante considerar que de la idea y la expresión “dar pan” parece remontarse a cuando Dios le dio al pueblo de Israel una porción diaria del pan del cielo durante su tiempo en el desierto (cfr. Ex. 16:4; Sal. 78:24).

Dar pan es una imagen de como Dios cuida y salva en otras partes del Antiguo Testamento (cfr. Sal. 107:9; 146:7; Prov. 30:8-9).

Jesús habló de la experiencia del desierto en su sermón pascual en Cafarnaún cuando dijo que nuestro “Padre les da el verdadero pan del cielo” (Jn. 6:32).



La frase “dar pan” ocurre muy pocas veces en los evangelios. Sin embargo, cada vez es muy significativo el uso de esta frase porque siempre sale en escenas cargadas de notas eucarísticas.

Jesús *toma, bendice, parte y reparte pan* en los milagros de la multiplicación de panes (cfr. Mc. 6:41; 8:6; Mt. 15:36; Jn. 6:11); también en la Última Cena (cfr. Mc. 14:22; Mt. 26:26); y en Emaús después de su resurrección (cfr. Lc. 24:30).

Así, también, en la Misa, viene a darnos el pan de cada día. Por este pan somos fortalecidos contra la tentación y se nos promete la liberación del mal.

En la Misa, tenemos la bendición de poder comer pan en el Reino de Dios, como Jesús nos prometió (cfr. Lc. 14:15). De hecho, en la liturgia cósmica de la Eucaristía, el reino está presente “en la tierra como en el cielo.”

Por esta razón, los primeros cristianos recitaron una breve doxología después del Padre Nuestro en la Misa. Seguimos rezando esa doxología “Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.”



Hasta que vuelva

En las primeras celebraciones de la Eucaristía de la Iglesia primitiva, los creyentes también rezaban por la venida del Señor en gloria, “¡Ven, Señor Jesús!”

Esta oración—en arameo *Marana tha*—se repetía en las reuniones litúrgicas de la primera comunidad (cfr. 1 Cor. 16:22; Apoc. 22:17,20).

Los primeros cristianos esperaban impacientemente la Segunda Venida del Señor. Se anticipaba la venida en gloria como el tiempo en que Jesús se revelaría definitivamente y llamaría a todos los pueblos a su presencia para el juicio (cfr. Mt. 24:27; 1 Tes. 2:19; 3:13; 2 Tes. 2:1,8; 1 Jn. 2:28).

Parousía (español ‘parusía’) es la palabra griega usada en el Nuevo Testamento en dos sentidos: “venida” o “llegada” y “presencia del cuerpo”. Por ejemplo, San Pablo ocupa la palabra para hablar de su presencia física, que admite es “pobre” (cfr. 2 Cor. 10:10; Fil. 2:12).

Fuera de la Biblia, *parusía* fue un término oficial para referir la visita de un rey o emperador.

Los primeros cristianos entendieron la Eucaristía como *parusía*.

“Pues cada vez que coman este pan y beban de este cáliz, anuncian la muerte del Señor hasta que vuelva” (1 Cor. 11:26).



Estas palabras de San Pablo se oyen en nuestras celebraciones eucarísticas como la segunda opción de la Aclamación Conmemorativa después de la consagración.

Desde antiguo, los cristianos empezaron a rezar, como nosotros ahora, “Hosanna... Bendito el que viene en el nombre del Señor” en sus celebraciones de la Eucaristía (cfr. Mt. 21:9).

Jesús mismo dijo, en las vísperas de su pasión, “Porque les digo que ya no me volverán a ver hasta que digan: ‘Bendito el que viene en el nombre del Señor’” (cfr. Mt. 23:39).

Lo vemos cuando rezamos esta oración en la Misa porque en cada Eucaristía, Él cumple su promesa de estar con nosotros hasta el fin del mundo (cfr. Mt. 28:20).

La Eucaristía es su venida, la *parusía*, la Verdadera Presencia de Cristo. En la Eucaristía tenemos la presencia del cuerpo de Cristo, la venida del rey que está a la derecha de Dios (cfr. Hech. 7:56).

Al describir su “venida”, Jesús dijo, “no pasará esta generación hasta que todo esto suceda” (Mt. 24:34).

En la Última Cena, Él dijo que no iba a probar el fruto de la vid, “hasta que llegue el Reino de Dios” (Lc. 22:18).

Momentos después les dijo a sus apóstoles, “Yo, por mi parte, dispongo un Reino para ustedes, como mi Padre dispuso para mí, para que coman y beban a mi mesa en mi Reino y se sienten sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Lc. 22:29-30).

Estas mismas imágenes se encuentran en la visión de San Juan de la liturgia cósmica: las bodas del Cordero (cfr. Apoc. 19:9); Jesús como la Palabra de Dios y Rey de reyes (cfr. Apoc. 19:13,16); el reino de sacerdotes que reinarán con Él (cfr. Apoc. 5:10; 20:6); el trono del juicio (cfr. Apoc. 20:12); “los apóstoles del Cordero” y “las doce tribus de los hijos de Israel” (cfr. Apoc. 21:10-14).



Una participación en su cuerpo y sangre

Cuando el Nuevo Testamento habla de la venida de Cristo, habla también de su juicio. La *parusía* eucarística es una presencia real—Cristo que viene en poder para juzgar.

Es por esto que tenemos que acudir dignos a la celebración. Como San Pablo amonestó, “por tanto, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor” (cfr. 1 Cor. 11:27-32).

Es por esto que rezamos las palabras del centurión de rodillas antes de recibir la comunión, “Señor, no soy digno...” (cfr. Mt. 8:8).



No somos dignos de la visita del Señor. Y sin embargo, Él nos hace dignos. Nos da “participación” (*koinonia*-comunidad) en su cuerpo y sangre (cfr. 1 Cor. 10:16). Por la Eucaristía, nosotros tenemos “participación” (*koinonoi*) de la naturaleza divina” (2 Pe. 1:14).

Esta participación es la meta de toda la historia de la salvación, es la bendición que Dios deseó otorgar a todos los pueblos. Es una historia que empieza “en el principio” como leemos en la primera página de la Biblia, y continúa en cada Misa, en que hacemos eco de la oración de la última página de la Biblia, “¡Amén, Ven, Señor Jesús!” (Apoc. 22:20).

Con cada “venida” del Señor en la Eucaristía, anticipamos la última venida, cuando la muerte será vencida y Cristo entregará a Dios Padre el reino... “para que Dios sea todo en todos” (1 Cor. 15:23-28).

En la Eucaristía, recibimos lo que será para toda la eternidad, cuando seamos llevados al cielo a juntarnos con las miríadas celestiales en las bodas del Cordero. Por la Santa Comunión ya llegamos allá.

“El Señor está con nosotros,” dice el sacerdote después de la comunión. Y nos envían de cada Misa en paz—autorizados y comisionados—a vivir el misterio y el sacrificio que acabamos de celebrar, por medio del esplendor de asumir nuestra santificación a través de las cosas ordinarias en el hogar y en el mundo.



Preguntas para reflexión

- ¿Qué quiere decir en el Antiguo Testamento que Dios “se acuerda”?
- ¿Qué recordaba Israel en sus ritos?
- La conmemoración de la Alianza entre Dios e Israel hizo que cada israelita participara misteriosamente del pacto que Dios ofreció a sus antepasados. Explica.
- ¿Cómo y por qué dice el Nuevo Testamento que Cristo es el nuevo “cordero pascual”?
- ¿Qué quiere decir *parusía*? ¿Por qué podemos decir que la Eucaristía es ^



Para meditación personal

- Lee las amonestaciones de San Pablo sobre la digna recepción de la Eucaristía (cfr. 1 Cor. 11:27-32). ¿Disciernes el cuerpo a base de lo que aprendiste en este curso? ¿Qué propósitos puedes hacer para examinarte mejor y “discernir” el cuerpo y sangre de Cristo en la Misa?

